

**JOAN D'ARC  
SEGUNDA PARTE**

**ESCUADRON  
MILAGRO**

**"Un poderoso aliado es la Fuerza."**

Yoda, Maestro Jedi

## Capítulo I

[A bordo de la *Vigilante*]

Llamarada salió de la enfermería y se encaminó hacia el puente. Por el camino se dio cuenta de que alguien estaba siguiéndola y volvió la cabeza para ver quién era. Se trataba de Víbora.

"Espera un minuto, Llamarada. Tengo algo más que decirte."

"¿Sí?"

"Las órdenes del Alto Mando no son la única razón para que tengamos que abandonar esta zona. Recuerda que hemos dejado una corbeta y un caza de asalto incapacitados no lejos de aquí, y más pronto o más tarde otra patrulla imperial dará con ellos. Si todavía estamos en este cuadrante cuando eso suceda, tendremos un serio problema."

"Yo también estaba pensando en eso." Llamarada se detuvo en mitad del pasillo. "Mira, de verdad que estoy tentada de volver allí en un ala-B y acabar con ellos de una vez. Eso solucionaría el problema."

"Ya," dijo Víbora con súbito enfado. "Eso es *justo* lo que harían los imperiales. Esas naves están ahí indefensas, incapaces siquiera de levantar sus escudos para protegerse, y seguirán así hasta que reciban ayuda para reparar los sistemas dañados por las descargas iónicas. Pero constituyen una molestia porque pueden delatar nuestra presencia aquí, así que vamos y los matamos a todos. Punto. Eso tiene un nombre, Llamarada, y es asesinato. Yo dejé la Armada Imperial debido a cosas como esa". Víbora había ido levantando progresivamente el tono de voz hasta terminar casi gritando. No podía ocultar lo afectado que se sentía, y eso sorprendió bastante a Llamarada. El antiguo piloto de cazas TIE no acostumbraba a mostrar sus sentimientos de esa manera. Víbora era cordial, amable, a veces incluso simpático, pero tremendamente discreto y reservado. *El tío está realmente preocupado*, recapacitó Llamarada, que había hablado casi sin pensar. *Víbora nunca cuenta gran cosa sobre su pasado, pero debe de haber visto cosas muy malas cuando estaba con los imperiales.*

"Tienes razón," le contestó. "Supongo que hay una línea que nunca deberíamos cruzar, o no seríamos tan diferentes de los cabeza-cuadrada, ¿verdad?" Llamarada había utilizado a propósito la expresión cabeza-cuadrada, el apelativo burlón que los rebeldes usaban a menudo para referirse a los militares imperiales. Habiendo sido Víbora uno de ellos, Llamarada esperaba que se lo tomara como un chiste y se relajara un poco. Pero Víbora no le contestó. En lugar de eso se quedó allí mirándola, esperando una respuesta clara acerca de cuáles eran sus intenciones como comandante en funciones del escuadrón.

*Lección número uno para nuevos comandantes*, pensó Llamarada para sí, *pensar las cosas dos veces antes de decirlas*. "No te preocupes," dijo

ofreciéndole a Víbora la mejor de sus sonrisas. "No hablaba en serio. Ya me conoces, ¿no? Yo sería incapaz de hacer algo así." Lllamarada le dio una palmada en la espalda y echó de nuevo a andar por el corredor.

Víbora asintió, un poco más relajado, y la siguió. "¿Entonces?"

"No tenemos tropas a bordo, así que no podemos plantearnos siquiera el tomar prisioneros," respondió Lllamarada pensando en voz alta. "Y no podemos contar con ayuda del Alto Mando, o no nos habrían ordenado poner rumbo inmediato hacia espacio controlado por la Alianza. A lo poco que hay." Víbora asintió. "Sé que Avalancha estaba intentando dar con una manera de salvar a los colonos," prosiguió Lllamarada, pero no puedo ni empezar a imaginarme cómo diablos podríamos hacerlo. Y lo peor es que casi no nos queda tiempo... Ah, por descontado, hagamos lo que hagamos, será a costa de ignorar nuestras órdenes. Menos mal que las ejecuciones de oficiales desobedientes están prohibidas en la Alianza. ¿O no?"

"Si no lo estuvieran ya casi no quedarían rebeldes," respondió Víbora con una media sonrisa. "Está bien, un problema cada vez. Demos un salto corto a través del hiperespacio hasta una posición más segura. Eso nos permitirá aplazar un poco la decisión final sin contradecir las órdenes del Alto Mando. Mientras tanto podemos seguir dándole vueltas al asunto de los colonos, a ver si se nos ocurre algo."

"De acuerdo, daré las órdenes necesarias. Advertiré a Iceberg y a Coloso para que enlacen sus ordenadores de vuelo con la computadora la fragata y nos acompañen en el salto." Lllamarada se quedó pensativa por un momento y se detuvo de nuevo mirando a Víbora. "En cuanto a eso de darle vueltas al asunto... La única cosa que me ha venido a la cabeza cada vez que he pensado en todo esto es que la nave en la que nos encontramos es todavía, técnicamente al menos, una fragata imperial..."

"Vaya, eso ya parece medio plan." Ahora Víbora sonrió abiertamente. "Veré si puedo aportar mi granito de arena a esa idea. De momento voy a acercarme a ver cómo se les está dando a Granito y Alce con los dichosos torpedos."

"Muy bien. Estaremos en contacto." Mientras Víbora daba media vuelta y se alejaba por el pasillo caminando a grandes zancadas, Lllamarada retomó su camino hacia el puente de mando con expresión ensimismada. *Una fragata imperial. Estamos en una fragata imperial. Eso tendría que servirnos para algo...*

Lo que quedaba de la lanzadera destruida había sido apartado por fin de la entrada del hangar principal de la *Vigilante*. Ahora el montón de chatarra en que había quedado convertida se hallaba arrinconado junto a uno de los mamparos laterales. Un técnico estaba inspeccionando los restos, buscando componentes utilizables. No lejos de allí, podía verse a dos corpulentos pilotos sentados en mitad de la cubierta, totalmente rodeados por piezas desmanteladas de los lanzatorpedos de un ala-B y dos bombarderos TIE, por lo

menos tres torpedos de protones imperiales, y otros muchos componentes inidentificables y de procedencia diversa. Los dos estaban decidiendo ruidosamente quién era el culpable del último experimento fallido, cuando apenas hacía un minuto que habían regresado de la enfermería. Al parecer uno de los torpedos había estado a punto de explotar allí mismo, dentro del hangar, lo que podría haber causado una catástrofe de proporciones inimaginables. Pero a pesar de todo seguían trabajando mientras se gritaban el uno al otro, sin que nadie osara interrumpirlos. En realidad, e incluso antes del incidente con el torpedo, la mayoría del personal que se encontraba trabajando en el hangar había procurado hacerlo lo más lejos posible de los dos pilotos. Más allá, Lince estaba observando cómo dos técnicos se aprestaban a realizar las reparaciones más urgentes a su ala-B. A todas luces se veía que no sabían ni siquiera por dónde empezar. El cazabombardero estaba hecho un auténtico desastre. La piloto rebelde no podía dejar de observarlo, repasando una y otra vez los daños causados en él por los misiles y los láseres imperiales. En un momento dado sintió una mano sobre su hombro. Al girarse encontró a Sombra detrás de ella.

"¿Estás bien, Lince?" preguntó la recién llegada.

"Sí," respondió de forma casi automática. Pero al momento añadió "No, no me siento muy bien." Lince resopló y se volvió completamente hacia su compañera, dándole la espalda al ala-B y a los dos técnicos. "He analizado los archivos de la computadora de vuelo, Sombra. Tal y como sospechaba, Avalancha fue derribada mientras trataba de quitarme a un caza imperial de encima.

"Eso es lo de menos ahora," Sombra negó con la cabeza. "No te sientas como si fuera culpa tuya."

"Es que no puedo evitar pensar que tendría que haber sido yo la que estuviera conectada a todos esos tubos, y que Avalancha está allí ocupando mi lugar."

Sombra se encogió de hombros. Sabía perfectamente que esa conversación no podía conducir a nada positivo, así que intentó cambiar de tema.

"¿Cómo les va a Granito y a Alce con los torpedos?"

"¿Los torpedos? Ah, sí, parece que van a matarse el uno al otro, pero me da la sensación de que es sólo una manera de mantener la concentración y de paso evitar que nadie les moleste."

"Es efectivo," dijo Sombra. "Yo desde luego no me acercaría a ellos ahora mismo... En fin, espero que sepan lo que están haciendo..." Lince y ella vieron cómo Víbora se acercaba a los dos pilotos y les preguntaba algo. Alce se limitó a encogerse de hombros. Granito levantó la cabeza. Aunque no pudieron entenderle bien desde donde se encontraban, todo hacía pensar que la respuesta había sido algo más que grosera. Después los dos pilotos siguieron

a lo suyo ignorando la presencia de Víbora. Aquel se encogió de hombros y se fue por donde había venido.

"¿No te has pasado un poco con Víbora?" preguntó el capitán Lewis "Alce" Gregory. A pesar de conocerle hacía poco tiempo, Víbora le caía bien. Lo mismo le sucedía con Granito, aunque no recordaba haber conocido nunca a nadie con tan pocos modales. Ni con un repertorio tan grande de tacos.

"¡Qué va!" respondió Granito negando con la cabeza. "Es un tío un poco serio, eso es todo. Sé cómo llevarle."

"Pues él es capitán y tú oficial de vuelo. Por menos que eso yo te habría mandado arrestar."

"Pues hazlo," gruñó Granito. "Tú también eres capitán."

"Seguramente lo haré en cuanto acabemos con este trabajito. Por todas las veces que me has faltado al respeto *a mí*."

"Con lo increíblemente manazas que eres, deberías estar acostumbrado."

"¿Manazas? ¿Yo? Has sido tú el que..."

"Calla ya y pásame el soldador. Ya verás como ahora funciona..."

"Ya. Eso es exactamente lo mismo que dijiste hace cinco minutos," le recordó Alce. "Y acuérdate de lo que *casi* ha pasado. Si no llego a estar yo aquí..."

"¿Quieres que empecemos otra vez?" respondió Granito, mirando a Alce de forma feroz y alzando sobre su cabeza un objeto metálico bastante aparatoso, listo para lanzárselo a su compañero. El objeto en cuestión era un sensor de calibración de dispositivos de guía de torpedos, imprescindible para lo que pretendían hacer. Alce había conseguido ponerlo a punto tras varias horas de duro trabajo. Ahora contempló con horror como su compañero amenazaba con utilizarlo como arma arrojadiza. Alce se puso a buscar a su alrededor hasta que dio con una pieza alargada, en forma de barra, que era aun más grande que el sensor de calibración.

"¡Maldito caldaniano loco!" exclamó Alce. "¡Como rompas eso te vas a comer esto otro!"

Granito le enseñó los dientes en una sonrisa salvaje, levantado el calibrador un poco más alto aún. Pero de pronto se quedó como petrificado. "Eh, ¿eso no es un enganche para misiles de impacto estándar imperiales?"

Alce miró por segunda vez la pieza, cubierta de grasa hasta resultar casi irreconocible, y frunció el ceño. "Ahora que lo dices..." Alce dejó la pieza en el suelo y empezó a limpiarla con un trapo. Granito dejó el calibrador donde estaba, depositándolo con sumo cuidado. Alce casi no se dio cuenta del

detalle, concentrado en lo que estaba haciendo. "Mira. Usa el mismo mecanismo de sujeción que los lanzatorpedos, pero es un poco más pequeño. Si pudiéramos ensamblarlo junto con algunas piezas de los lanzatorpedos del ala-B..."

"... Podríamos obtener un lanzaproyectiles híbrido que serviría para los torpedos de protones imperiales..." continuó Granito.

"... Y podríamos olvidarnos de una vez por todas de los lanzatorpedos imperiales que nos están dando tantos problemas para adaptarlos a los alas-B."

"¡Eso es! ¡Ya sabía yo que tenía que haber algo dentro de esa cabezota tuya!" exclamó Granito completamente entusiasmado.

"¿Los ves?" preguntó Lince meneando la cabeza. "Ahora van y en lugar de chillarse empiezan a reírse como dos locos."

"Salgamos de aquí antes de que les dé tiempo a hacer más pruebas..." contestó Sombra, entre divertida y preocupada.

La oficial de vuelo Diana "Chistes" Agar se había pasado un buen rato mirando a los diferentes monitores conectados al cuerpo de Avalancha, pero al final llegó a la conclusión de que estaba perdiendo el tiempo. El androide médico ya se estaba encargando de esa tarea, y además él sabría interpretar lo que estaba viendo. Chistes decidió ignorar las indicaciones del androide acerca de que Avalancha era incapaz de oírla, y empezó a hablar con ella. Quizá el androide se equivocaba en eso, y ella necesitaba cada vez más desesperadamente sentir que estaba haciendo algo por ayudar a su amiga. Después de todo, era Lllamarada la que había sugerido que le hablara...

"Empezaré por cuando tenía dos años," comenzó. "Podría empezar antes, pero no hay nada interesante que contar. Bueno, resulta que el día de mi segundo cumpleaños me di cuenta de que nadie estaba mirándome, así que me decidí a investigar para qué servían los botones del procesador de alimentos..."

## Capítulo II

[En el otro lado]

Cuando el último caza hubo abandonado el hangar, el crucero que los había traído allí partió. Las pequeñas naves no estaban capacitadas para viajar por el hiperespacio. Esa posibilidad estaba reservada para navíos de gran tamaño, ya que los motivadores de salto necesarios para hacer a una nave abandonar el espacio normal y saltar al hiperespacio, así como los motores capaces de mantenerla en él, eran demasiado grandes como para ser montados en un caza. Lo mismo sucedía con los generadores de escudos, por lo que la única protección contra rayos láser de la que disponían los cazas era su propio blindaje, y se encontraban prácticamente indefensos ante ataques con misiles. Pero incluso con esas limitaciones, el Xatafi MF21 "Cantante" era uno de los mejores cazas jamás construido. Para los estándares de la época, era bastante sólido, muy ágil y considerablemente bien armado.

El escuadrón había sido lanzado aún lejos del objetivo, intentando evitar que la entrada y salida del espacio normal del crucero pudieran ser detectadas por los bretalianos. No había ningún plan concreto. Se trataba tan sólo de atacar a algunas de las naves que en esos momentos se encontraban en la órbita de Alderaan, y provocar tantos destrozos como fuera posible. Cada *Cantante* portaba una bomba espacial, un arma no muy precisa, pero que lanzada cerca del blanco podría causar grandes daños en una nave nodriza o en un crucero de batalla. Les esperaban casi dos horas de vuelo hasta alcanzar el planeta sitiado. Se había decretado un silencio absoluto en las comunicaciones hasta alcanzar el objetivo, así que durante ese tiempo no había otra cosa que hacer que echarle un vistazo a la pantalla de datos de vez en cuando y pensar en lo que estaban a punto de hacer. Los sensores instalados en su nave no podían detectar a las naves enemigas desde tan lejos, pero Joan no tenía por qué depender de sus instrumentos. Su intención era utilizar la Fuerza para sentir a las naves bretalianas y a sus ocupantes, tal y como solía hacer con pequeños animales e insectos, allá en Gerillia. Comenzó a respirar lenta y profundamente, buscando alcanzar el estado de relajación necesario. Poco a poco sintió como aumentaba su percepción de la Fuerza, y se abrió a ella de forma casi instintiva.

Un río de pensamientos inundó a Joan, desbordándola de tal modo que estuvo a punto de perder el control de su caza. Lo primero que percibió fueron los pilotos de su escuadrón. La mayoría hacían lo posible por controlar sus nervios y su miedo, cada uno a su manera, pero lo que más le sorprendió fue que todos parecían creer que podían ganar esta batalla. No, no parecían, realmente lo creían. Confiaban ciegamente en ella. Joan se sintió confortada por esto, aunque tuvo que esforzarse para no dejarse abrumar por semejante responsabilidad. A continuación proyectó sus sentidos hacia afuera, más y más allá, hasta que por fin su mente tocó a las de los bretalianos. Joan intentó separar el origen de los distintos flujos de sensaciones que invadían su conciencia. Después de que algún tiempo, empezaron a parecerle como colmenas, hechas de pensamientos y de emociones entrelazados, y separadas entre sí por grandes vacíos. Por espacio muerto. Eso es. Sin demasiado

esfuerzo, era capaz de distinguir y aislar a la tripulación de una nave del resto. Siguió perfeccionando ese nivel de percepción durante un rato, intentando y consiguiendo captar el humor general a bordo cada nave. La mayoría de los bretalianos transmitían aburrimiento y expectación casi a partes iguales. Algunos parecían estar ávidos por que comenzara la posible batalla, pero el sentimiento más extendido era la confianza. Un exceso de confianza. No esperaban en absoluto ser ellos las víctimas de un ataque, lo cual favorecía los intereses de los pilotos republicanos.

Pero Joan recibió infinitamente más de lo que quería. Había también buenos sentimientos en los bretalianos. La gente que iba a bordo de esas naves amaba a otras personas. Proyectaban intensas emociones hacia sus compañeros, hacia sus amigos y hacia sus familias. Muchos tenían parejas estables. Había bastantes que tenían hijos. Joan sintió como si fueran suyas sus ilusiones, sus preocupaciones, sus proyectos para el futuro. Sus grandes deseos de vivir. Joan estuvo cerca de derrumbarse en esos momentos. ¿Cómo iba a ser capaz de disparar contra esas naves? ¿Cómo podía siquiera pensar en matar a esas personas? Bajo sus gafas negras, una lágrima rodó por su mejilla cuando imaginó a todos aquellos seres muriendo a sus manos. *¿Qué estoy haciendo?* Empezó a sentir unos deseos tremendos de darse la vuelta y huir de todo aquello.

Pero de repente, como si de un ruido de fondo se tratara, Joan sintió que había algo aún más grande, mucho más, por detrás de los bretalianos. Eran los habitantes de Alderaán. Al extender su conciencia hacia ellos, Joan percibió su inmensa angustia, su miedo, la desolación que sentían. Fue en ese mismo instante cuando comprendió por qué los Jedi eran tan reacios a luchar, y especialmente a intervenir en guerras. Las guerras te obligaban a decidir a cuál de las partes en conflicto apoyar, a tomar partido entre dos grupos, dos naciones, dos mundos. Entre dos bandos que, por una razón u otra, estaban enfrentados, quizá de forma irreconciliable, pero sin que ninguno de ellos fuera necesariamente malvado en sí mismo. Al final, se hiciera lo que se hiciera, siempre tenían que morir buenas personas. Cualquiera ser inteligente, sin especial conexión con la Fuerza, podía comprender esta gran verdad a un nivel intelectual. Pero un Jedi además podía sentirla. Joan plegó las gafas dentro del casco y se limpió las lágrimas con su mano enguantada. Después cerró los ojos por un momento, dejando que sus pensamientos se serenaran. ¿Era la suya una causa justa? El corazón le decía que sí. La gente de Alderaán no tenía ninguna culpa de lo que les estaba sucediendo. Eran ellos los que estaban a punto de ser invadidos. Eran ellos los que, al final del día, podrían haberse convertido en sirvientes, en esclavos incluso, de los bretalianos. No, de ninguna manera. Ella no podía quedarse de brazos cruzados mientras eso sucedía. Abrió de nuevo los ojos. Había tomado una decisión. Una terriblemente dolorosa. Para ayudar a unos tendría que matar a algunos de los otros.

Cuando se marchó de Gerillia, dejando atrás a sus padres y al único hogar que conocía, había creído que el corazón se le rompía. Ahora, mientras apretaba el botón que activaba el sistema de comunicaciones, sintió cómo los fragmentos se rompían de nuevo en pedazos aún más pequeños.

"Aquí Líder Milagro. Preparáos para el combate."

Mientras las respuestas de los pilotos iban sonando en sus auriculares, Joan podía percibir cómo los sentimientos de sus compañeros se volvían más fuertes incluso. La computadora de vuelo emitió una señal sonora. Joan comprobó que los sensores acababan de detectar al primero de los cruceros de batalla bretalianos. Una tras otra, nuevas señales iban apareciendo sobre la pantalla sensora. Le habían dicho que ocho de las bombas espaciales que transportaban serían suficientes como para destruir uno de esos cruceros. Eso significaba que, entre todos, podían eliminar un máximo de tres. Joan eligió las tres más cercanas y las marcó en la memoria de la computadora como objetivos número uno, dos y tres. A continuación envió esa información a los ordenadores de vuelo de cada uno de los cazas que componían el escuadrón.

"El plan es muy simple," dijo a través del comunicador, "vamos a atacar a esas tres naves. Milagro Nueve a Dieciséis, lanzareis vuestras bombas contra el blanco número dos, la nave que está a babor. Milagro Diecisiete a Veinte Cuatro, vuestro objetivo es el blanco número tres, el crucero más a estribor. El resto de nosotros disparará contra el blanco número uno, justo a proa. Grupos dos y tres, adelantaos un poco. Tenemos que intentar atacar a las tres a la vez."

"Aquí Milagro Nueve, jefa. ¿Qué hay de los cazas enemigos?"

"No nos esperan. Estaremos encima de los cruceros antes de que tengan tiempo de reaccionar. No intentéis enfrentaros a los cazas hasta que hayáis lanzado esas bombas."

"Roger, Líder Milagro."

No más preguntas, ninguna otra duda. Joan sólo tenía diecisiete años, pero aún así había veintitrés hombres adultos dispuestos a morir siguiendo sus órdenes. Joan se liberó de su miedo. Sentía la Fuerza con ella, a su alrededor, y pensó que la edad no importaba en absoluto. Concentró su mente en los tres cruceros bretalianos. Se le estaba ocurriendo algo. Antes de despegar, mientras el almirante Rickermon y el general Risfen le describían la resistencia que podía esperar, Joan se había dado cuenta de que sus posibilidades de éxito aumentarían exponencialmente cuanto más tardaran los bretalianos en advertir que se aproximaban. Aquello parecía obvio, pero al mismo tiempo inalcanzable. Pero quizás ella pudiera conseguirlo...

Joan intuía que, incluso con la ayuda de la Fuerza, sería muy difícil obligar a alguien a actuar o a pensar en contra de su voluntad. Forzar a cientos o a miles de personas sería imposible. Pero lo que sí se podía hacer era *reforzar* algo que ya estaba allí. Sabía que tenía esa capacidad desde que era pequeña. A los cinco o seis años era terriblemente traviesa. Después de haber hecho alguna travesura y que sus padres la hubieran castigado, llegaba un momento en el que ya prácticamente se les había pasado el enfado y empezaban a pensar en perdonarla. Ella siempre notaba cuando llegaba ese momento, y los

empujaba a que la perdonasen más rápido aún y le levantaran el castigo enseguida. Para ella bastaba con desearlo con mucha fuerza, y casi nunca fallaba, a no ser que se precipitara y lo intentara antes de tiempo, cuando el enfado era todavía muy reciente. Al irse haciendo más mayor, se fue dando cuenta de que otras personas no tenían ese poder, y poco a poco llegó a la conclusión de que el hacer aquello era abusar de la gente, especialmente si se trataba de sus padres. Dejó de utilizar esa habilidad, de la misma forma que dejó de hacer travesuras.

Hasta que, un día antes, su camino se había cruzado con el del capitán de navío Bandric, y presintió que era la persona indicada para ayudarla. En ese momento casi no había pensado en lo que estaba haciendo, pero el hecho evidente es que había utilizado la persuasión mediante la Fuerza para empujar al capitán del *Dragón* a colaborar con ella. No había vuelto a ver al bueno de Bandric desde que había salido disparada hacia Eyna, en busca del sable láser que ahora llevaba sujeto al cinturón, pero tal y como habían ido las cosas esperaba no haberle causado ningún problema. Después había hecho lo mismo con el senador Carless, aunque a él apenas tuvo que empujarle. El senador estaba tan frustrado por no poder hacer nada por defender Alderaán, que se habría arrojado en los brazos de cualquiera que le hubiera ofrecido una posibilidad de lograrlo.

Joan pensó que si la persuasión había funcionado dos veces, quizás podría hacerlo una tercera. ¿Resultaría lo mismo con muchas mentes que con una sola? El escuadrón se aproximaba a las naves bretalianas a la máxima velocidad que los *Cantantes* podían alcanzar. Ellos ya tenían a los bretalianos en sus pantallas. Tenían la ventaja de que sabían exactamente hacia dónde tenían que apuntar sus sensores, mientras que los bretalianos tendrían necesariamente que hacer barridos de todo el sistema planetario con los suyos. Pero a pesar de eso, los cazas republicanos tenían que estar a punto de ser detectados por el enemigo. Joan decidió que merecía la pena hacer un intento.

Joan se concentró y volvió a extender sus sentidos hasta tocar las mentes de los tripulantes de los cruceros bretalianos. Esta vez le fue mucho más sencillo. Enseguida encontró lo que buscaba. Su objetivo sería el exceso de confianza de los bretalianos.

*Confianza. Eso es bueno. Estáis seguros, a salvo, no hay nada a lo que temer, no hay ninguna razón para mirar a los monitores. ¡Sois tan poderosos! Nadie se atrevería a atacar a una armada tan poderosa como la vuestra...*

La distancia estaba disminuyendo rápidamente. La pequeña fuerza atacante ya tendría que haber sido localizada por los sensores de los cruceros de batalla. Pero sus operadores no estaban mirando las pantallas.

*No os preocupéis, no hay peligro. Las pantallas están tan vacías como la última vez que mirasteis...*

Alderaán ocupaba ya casi tres cuartas partes del espacio visible ante ella. Joan podía distinguir perfectamente las siluetas de los cruceros enemigos. Un

bretaliano que mirase a través de cualquiera de sus múltiples escotillas externas, tendría que ver veinticuatro puntitos luminosos haciéndose más grandes a cada instante, justo frente a sus ojos. Pero nadie se dio cuenta.

*No hay nada ahí fuera. Nada que temer...*

Las alertas sonaron a bordo de los tres cruceros de batalla, pero sus tripulaciones reaccionaban con demasiada lentitud. No podían creer que les estuvieran atacando. No a ellos. Joan hizo un último esfuerzo.

*Nada que temer, nada que temer...*

El escuadrón Milagro casi tenía a las naves enemigas dentro del radio de acción de sus bombas cuando las defensas cobraron vida. Joan tuvo que concentrarse en pilotar su caza y no pudo mantener por más tiempo su influencia sobre las mentes de los bretalianos. A esas alturas el sudor cubría su cara bajo la máscara y las gafas, pero el esfuerzo no había sido en vano: había logrado conducir al escuadrón hasta allí sin que las naves enemigas abrieran fuego sobre ellos hasta que estuvieron prácticamente encima de ellas.

Joan activó el dispositivo lanzador de la bomba espacial y dirigió al *Cantante* contra el crucero, haciéndolo girar sobre su eje para evitar las descargas láser que, ahora sí, eran disparadas sin descanso por los artilleros bretalianos. Su visor de puntería se iluminó en color rojo y la computadora emitió una señal sonora indicando que se encontraba a la distancia óptima del blanco para el lanzamiento de la bomba. Joan apretó el disparador y tiró furiosamente de la palanca de mandos para elevar al *Cantante* por encima del crucero. No necesitaba instrumento alguno para saber que había conseguido un impacto directo. La onda expansiva causada por la tremenda explosión, a tan poca distancia por debajo de ella, hizo estremecerse a su caza como si fuese una hoja de un árbol agitada por el viento. A su alrededor, el resto de los pilotos del escuadrón Milagro soltaban también sus bombas con inmejorable precisión. Una tras otra, todas iban alcanzando sus blancos. Dos *Cantantes* fueron destruidos justo después de lanzar sus proyectiles, pero cuando el resto del escuadrón se alejaba a toda velocidad de sus objetivos, las tres imponentes naves se deshacían literalmente, sus cascos reventados por explosiones en cadena. Grandes lenguas de fuego iluminaban el espacio por un instante, antes de que el oxígeno que las animaba fuera consumido por completo. Un millar de fragmentos incandescentes se precipitaba ya hacia la atmósfera de Alderaán, atrapados por el campo gravitatorio del planeta. El general Risfen había cumplido con su palabra. Estos pilotos eran indudablemente los mejores que había en la Flota. Ninguno de ellos había fallado su blanco.

"¡Casi no puedo creerlo!" exclamó Milagro Cuatro. "¡No empezaron a dispararnos hasta que estábamos echándoles literalmente el aliento en la cara!"

"¡No os relajéis ahora, que aquí llegan sus refuerzos!" advirtió Milagro Dos. El teniente Trillian acercó su caza más aún al de Joan, adoptando su posición como hombre-ala. El resto del escuadrón fue haciendo lo mismo, a medida

que iban incorporándose a la formación tras la mortal pasada sobre las naves capitales enemigas.

"Aquí Milagro Seis, Líder. Los cazas son *Tenedores*, al menos dos escuadrones." El BretalTec BT-11 "Tridente" era el modelo de caza más extendido entre las fuerzas navales bretalianas. Las góndolas gemelas que contenían tanto el armamento como los motores se encontraban a ambos lados de la nave, sujetas a las alas en un ángulo de treinta grados respecto al módulo de mando. Visto desde arriba, podría parecer un tridente al que alguien le hubiera recortado el mango, y de ahí su nombre. Los pilotos republicanos, no obstante, lo habían rebautizado enseguida como *Tenedor*.

"Si queremos volver a casa nos vamos a tener que abrir camino peleando," dijo Joan. Sin necesidad de comprobarlo sobre la pantalla sensora, los movimientos de las naves enemigas cobraban sentido para ella. "Sus cazas van a intentar acorralarnos, manteniéndonos lejos de nuestro vector de salida del sistema. No se lo vamos a poner fácil. Atacadles a vuestra discreción, pero procurad no separaros demasiado unos de otros." Joan escuchó varios clicks en sus auriculares como confirmación de sus instrucciones.

Los bretalianos estaban reaccionando por fin al ataque. Algunas de sus naves capitales se estaban moviendo para cubrir el hueco dejado por los tres cruceros destruidos, mientras que docenas de cazas acudían a enfrentarse a los intrusos antes de que tuvieran ocasión de escapar. La primera oleada ya estaba allí.

Joan maniobró en zigzag para evadir el fuego frontal y eligió como blanco una de las naves más cercanas. Sin detenerse a mirar cómo explotaba, maniobró para poner su caza en la cola de otro enemigo. Una nueva explosión marcó el lugar donde el *Tridente* estaba un momento antes, mientras que Joan forzaba su *Cantante* en un ajustado rizo para evitar los disparos de un tercer bretaliano. El piloto enemigo no podía entender cómo había podido fallar. Un momento antes tenía al caza republicano centrado en su mira, y de repente ya no estaba allí. Sin duda estaría aún más sorprendido al ver cómo su propio indicador de amenaza comenzaba a parpadear avisándole de que estaba siendo apuntado, pero no tuvo tiempo para nada más.

"¡Tienes que enseñarme a hacer eso, jefa! exclamó Trillian impresionado.

Joan estaba demasiado concentrada para contestarle. Ella y su *Cantante* se habían convertido en un único ser. De forma completamente instintiva, utilizaba la Fuerza para sentir las reacciones de la nave antes de que los sensores repartidos por el casco pudieran informar siquiera. La Fuerza era el único instrumento que Joan necesitaba. La joven percibía los cazas enemigos a su alrededor, moviéndose casi a cámara lenta, sabiendo en cada momento dónde estaban sin necesidad de consultar la pantalla sensora. La confusión crecía por momentos entre los pilotos bretalianos que se esforzaban por derribarla sin éxito, mientras que ella los iba eliminando uno tras otro.

Pero más y más cazas enemigos se iban incorporando al combate, y el resto de los pilotos del escuadrón no tenían la ayuda de la Fuerza. Milagro Siete apenas tuvo tiempo para dejar escapar un grito antes de desaparecer en una nube de fragmentos. Milagro Quince chocó contra un caza bretaliano y explotó. Milagro Cinco pedía ayuda urgente, acosado por tres *Tridentes* colocados a su cola. Joan respondió a la llamada de este último lanzando su *Cantante* en rumbo de interceptación.

"¡Cinco," llamó Joan, "corta a tu izquierda YA!" El asustado piloto obedeció al instante. Sus tres perseguidores imitaron su maniobra, convirtiéndose al hacerlo en blancos claros para Joan. Consiguió derribar a dos de ellos casi al unísono, pero el tercero estaba a punto de hacer lo propio con Milagro Cinco. Joan redujo su velocidad y obligó a su nave a realizar un viraje cerrado en pos del bretaliano. A continuación empujó de nuevo hasta el fondo la palanca de potencia y trató de centrar el objetivo en su mira. Sintió acercarse nuevos cazas bretalianos. Eran tres y venían justo de frente. Si Joan se evadía de ellos, Milagro Cinco estaría condenado. La joven apretó los dientes y se mantuvo en pos de su objetivo, disparando una y otra vez, hasta que el caza enemigo empezó a desintegrarse. Milagro Cinco estaba a salvo de momento. Joan maniobró, ahora sí, a la desesperada, para evitar a los cazas que la amenazaban, pero ya era tarde. Su caza recibió cuatro impactos antes de que pudiera salirse de la línea de fuego. La pantalla principal de datos explotó en mitad del panel de control. Joan sintió como los fragmentos se estrellaban contra su pecho. No pudo evitar gritar.

"¡Aguanta, Joan, ya estoy contigo!" La voz del teniente Trillian sonó en sus auriculares. Joan miró por encima de su hombro justo a tiempo de ver como uno de sus tres atacantes se retiraba gravemente dañado. Trillian estaba haciendo su trabajo. Los dos restantes seguían tratando de situarse a su cola. Joan utilizó la Fuerza para controlar el dolor lo mejor que pudo. Tenía que quitarse de encima a sus perseguidores antes de que tuvieran ocasión de darle el golpe de gracia.

"No te preocupes, Dos," transmitió Joan no sin esfuerzo. "Estoy bien." La sangre empapaba su traje de vuelo, pero no se dio cuenta. Realizando una brusca maniobra en forma de tijera consiguió que uno de los *Tridentes* la rebasara. Su hombre ala reaccionó y contrarrestó la acción de Joan reduciendo su velocidad, pero eso le dejó a merced del teniente Trillian, que no desperdició la ocasión. Joan invirtió su nave y picó por debajo del arco de giro del tercer bretaliano, que habiendo comprendido su error, trataba de abrirse para recuperar su anterior posición tras el *Cantante* de Joan. Ésta apretó el disparador una sola vez, alcanzando al bretaliano en los motores justo cuando se cruzaron. Al mirar atrás, vio como su rival se alejaba dando vueltas sobre sí mismo, fuera de control. Los disparos de Joan habían pulverizado sus toberas de maniobra. Joan no intentó perseguirlo. No quería matar a nadie más a no ser que fuera absolutamente necesario.

"¡Recibo nuevos contactos!" resonó la exclamación de Milagro Veinte. "¡Vienen del planeta!"

El excitado piloto estaba en lo cierto. La explosión de los tres cruceros bretalianos sobre su atmósfera, visible desde prácticamente todo un hemisferio, había puesto en alerta a los alderaanos sobre el combate que estaba teniendo lugar en su órbita. Cuando ya no esperaban recibir ayuda alguna, de pronto ésta había llegado. Las reducidas milicias alderaanas, diezmadas tras las primeras escaramuzas con las fuerzas invasoras, habían visto la ocasión para actuar. Era ahora o nunca. La brecha creada en el bloqueo por la destrucción de las tres naves les permitió abandonar el planeta y unirse a la lucha con todas las naves de combate de las que aún disponían. El primer crucero bretaliano que, rodeando el planeta, conseguía llegar a la zona, se encontró bajo el fuego cruzado de dos naves de patrulla aduanera y al menos cinco cazas alderaanos. Su destrucción fue saludada por los gritos de alegría de varios de los pilotos del escuadrón Milagro. Pero esa no era la última sorpresa del día...

El almirante Rickermoon había sentido algo inexplicable cuando Joan había tomado la palabra a bordo del *Armonía*. Aunque lo ignorase, él también tenía una cierta afinidad con la Fuerza. Habría sido incapaz de explicar por qué, pero creyó firmemente en Joan desde el momento en que la escuchó hablar por primera vez. Aún sabiendo que lo que hacía iba en contra de su experiencia militar, el veterano almirante había ordenado al grueso de la flota saltar al hiperespacio con destino a Alderaán, de forma que llegaran allí diez minutos más tarde del momento en el que se estimaba que lo haría el escuadrón Milagro. Si éstos habían logrado para entonces romper el asedio y abrir huecos en las defensas bretalianas, las naves de la República tendrían una buena oportunidad para vencerles, incluso sin los prometidos refuerzos corelianos que no acababan de llegar. Amparándose en su condición de jefe supremo de la Armada de la República, recién aprobada por el Senado a petición del senador Carless, Rickermoon hizo valer su opinión y se negó a escuchar al resto de miembros del alto mando, que trataban de hacerle cambiar de idea. Hasta la última nave en condiciones de efectuar el salto a la velocidad requerida había sido movilizada. Para aplacar a su personal, había prometido ordenar la retirada si, tras salir al espacio real dentro del sistema de Alderaán, descubrían que Joan y el escuadrón Milagro habían fallado en su misión. Incapaces de obtener nada mejor, los capitanes de las naves republicanas se habían aprestado a cumplir las órdenes de Rickermoon. Pero todos eran conscientes de que si el almirante se equivocaba lo pagarían con pérdidas terribles antes de que pudieran dar media vuelta y saltar de nuevo al hiperespacio. Rickermoon sentía las miradas sobre él de sus asistentes mientras el oficial de navegación del *Armonía* recitaba en voz alta las últimas diez cifras de la cuenta atrás antes de volver al espacio real. Al llegar a cero, las cubiertas de los visores del puente se alzaron y todos pudieron contemplar la esfera azulada que era Alderaán llenando el espacio ante ellos. Los sensores del crucero barrieron el sistema y las pantallas se llenaron de datos. El almirante Rickermoon estudió con atención el primer resumen generado por la computadora, mientras el silencio reinaba en el puente. Antes de acabar, Rickermoon sonreía ya abiertamente.

"Almirante, tenemos contactos múltiples." le informó el oficial al mando del grupo de sensores. "Hay naves alderaanas luchando codo con codo con el

escuadrón Milagro... Uno de los cruceros bretalianos acaba de recibir graves daños y está intentando retirarse. En estos momentos no hay más que dos naves capitales en el sector, pero nos llegan nuevas indicaciones de que alrededor de veinte más están en camino."

El almirante sacudió la cabeza, visiblemente entusiasmado. "Les harían falta cuarenta para poder cambiar las cosas. Esa joven lo ha conseguido. Ahora la ventaja es nuestra." Con un gesto, pidió que se abriera la comunicación con el resto de la flota republicana. "A todas las naves, ataquen a los cruceros bretalianos que entran en el sector. ¡No intenten ahorrar munición y usen cada torpedo o proyectil que tengan en sus arsenales!"

Joan sintió la presencia del Almirante Rickermoon y supo que la ayuda había llegado. Iban a ganar la batalla. "¡Vamos, pilotos, sólo un poco más! Hay que mantener a los cazas enemigos lejos de nuestros cruceros."

"¡Yyyyyyaaaaaaaauuuuuuuuuh...!" Joan no se molestó en averiguar quién era el piloto que lanzaba semejante grito. A pesar del dolor que sentía en el pecho, Joan sonrió de oreja a oreja. Echó un rápido vistazo a su alrededor y lanzó el castigado *Cantante* contra un grupo de cazas bretalianos que, abandonando el combate cuerpo a cuerpo que hasta entonces habían mantenido con las naves del escuadrón Milagro, cambiaban de rumbo para interceptar a los recién llegados cruceros. El caza del teniente Trillian se mantenía pegado al suyo, como si se tratase de su sombra.

La primera oleada de torpedos procedentes de las naves de la República cayó como una tormenta ardiente sobre los desprevenidos bretalianos. Excedían en número a las fuerzas de la República en una proporción de casi dos a uno, pero esta era la primera vez desde el comienzo de las hostilidades que se enfrentaban a un enemigo capaz de devolver los golpes. Luchaban sobrecogidos por la sorpresa de ver cómo varias de sus poderosas naves de guerra, invencibles hasta el momento, estallaban en llamas y se deshacían en pedazos. Las cápsulas de emergencia eran lanzadas al espacio por doquier. En ellas se agolpaban los miembros más afortunados de las tripulaciones de las naves destruidas. Uno de los capitanes bretalianos cedió ante el pánico y dio orden de huir, sin ni siquiera recuperar antes sus cazas. Cuando su crucero maniobró alejándose del combate, pareció la señal para que otros hicieran lo mismo. El almirante Rickermoon dio orden a todas sus fuerzas de no perseguir a las naves en retirada, y concentrarse en las que aún presentaban resistencia.

Después se sabía que el almirante al mando de la flota de asedio viajaba a bordo de una de las primeros cruceros atacados por el escuadrón Milagro. Sin nadie que intentara coordinar las desesperadas acciones defensivas de los bretalianos, el desconcierto era pleno. Los cazas abandonaban la lucha y se apresuraban a volver a los hangares de sus naves nodriza, o a los de cualquier otra que estuviera dispuesta a admitirlos. Unos minutos más tarde, todas las naves que aún estaban en condiciones de saltar al hiperespacio lo habían hecho. Las tripulaciones de las naves restantes, incluyendo a la mayoría de los pilotos de caza, se entregaban y eran hechas prisioneras paulatinamente.

"Aquí Líder Milagro," transmitió Joan por fin con un murmullo de voz. "Volvemos al *Armonía*." Perdida ya del todo la íntima conexión con la Fuerza que le había permitido aguantar hasta ahora, sentía que las fuerzas le abandonaban. Se pasó una mano por el pecho y al mirársela descubrió que el guante estaba ensangrentado. Estaba perdiendo mucha sangre. Sentía que la cabeza se le iba por momentos, pero a pesar de todo necesitaba decir algo más. "Estoy muy orgullosa de todos vosotros." Después de eso permaneció en silencio. Hubo muchas contestaciones de pilotos que decían que había sido un honor volar a su lado. Otros expresaban su incredulidad por lo que habían conseguido hacer entre todos. Algunos sólo se reían. Todos sonaban felices, y hubo incluso quien se animó a realizar un tonel con su caza para celebrar la victoria. Joan escuchó al teniente Trillian diciéndole algo, pero apenas pudo entenderle. A esas alturas se encontraba luchando contra los deseos, cada vez más urgentes, de cerrar los ojos.

### Capítulo III

Quince de los pilotos del escuadrón Milagro habían conseguido regresar al hangar del *Armonía*. Dos más habían podido saltar de sus naves antes de que fueran destruidas y estaban siendo recuperados en esos instantes por sendas lanzaderas de búsqueda y rescate. Diecisiete. Era increíble que hubieran sobrevivido tantos. Tan pronto como el último de los *Cantantes* se posó sobre la cubierta de vuelo, el hangar se convirtió en un clamor de oficiales, técnicos, y personal de apoyo, todos rodeando y vitoreando a los pilotos que, uno a uno, iban descendiendo de sus monturas. Antes de que llegaran al suelo eran cogidos y llevados a hombros por toda la nave. El sargento Santer consiguió abrirse paso a través de la muchedumbre que se agolpaba alrededor del caza de Joan. Con la escalerilla entre las manos, el técnico frunció el ceño al ver los impactos en la parte delantera del *Cantante*. Joan no había abierto aún la cúpula. Podía verla recostada sobre el cabecero del asiento. Sintiendo que su preocupación aumentaba por momentos, Santer aseguró la escalerilla, subió por ella y accionó desde fuera el mecanismo de apertura de la cabina. Joan dejó caer la cabeza hacia ese lado y abrió los ojos. Tenía la vista nublada, pero a pesar de todo reconoció el rostro que tenía ante sí.

"Hola, Tobb..." Eso fue todo lo que pudo decir antes de perder la consciencia. Horrorizado, Santer notó la sangre cubriendo el traje del vuelo de Joan.

"¡Necesito a un doctor ahora mismo!" El sargento tuvo que chillar con todas sus fuerzas para hacerse oír por encima del griterío. "¡Joan d'Arc está herida!"

Cuando volvió a abrir los ojos, Joan se encontraba en la sección médica del *Armonía*. El primer rostro que pudo distinguir ante ella fue de nuevo el de Tobb Santer. A su lado se encontraban el almirante Rickermoon y el senador Carless. Más atrás, cerca de la puerta, vio al teniente Trillian.

"Hola, Tobb," volvió a decir Joan, pero esta vez pudo acompañar el saludo con una sonrisa.

"Hola, Joan." Tobb le cogió la mano con delicadeza. La suya era un poco áspera al tacto, notó Joan, debido sin duda al tipo de trabajo que hacía, pero a ella no le importó lo más mínimo. "No te preocupes," continuó él. "Tus heridas no eran graves. Me han dicho que ni siquiera te van a quedar cicatrices. Pero habías perdido mucha sangre."

"Y este joven tiene su mismo grupo sanguíneo," añadió el almirante Rickermoon. "Se negó a consentir que nuestros doctores le pusieran sangre sintética."

"Vaya. Gracias, Tobb." La sonrisa de Joan se hizo más amplia aún. "Ahora te debo la vida."

"¡No tienes que darme las gracias, Joan!" exclamó él. "Además, varios de tus pilotos también se ofrecieron..." De pronto Tobb empezó a sonrojarse. Acababa de darse cuenta de que estaba tuteando a Joan y llamándola por su nombre en presencia del almirante Rickermoon y del senador Carless. Tan sólo un momento antes, el propio almirante la había tratado de usted.

"Eeeer, lo siento. Debí llamarla comandante..."

Joan se rió con ganas y apretó con más fuerza la mano de Santer. "Te dije que podías llamarme Joan." Tobb miraba de reojo al almirante Rickermoon con cierto recelo. "¿Qué pasa? ¿Acaso me equivoco, almirante? ¿Es que no puede llamarme simplemente Joan? Bueno, no sólo él, ¡todo el mundo!"

Rickermoon sonrió. "Claro que puede. Cuando estén los dos a solas." Ahora fue el almirante el que se sonrojó ligeramente, aunque en ese momento Joan no entendió bien por qué. Aunque ni ella ni Santer eran realmente conscientes de lo que estaba sucediendo, el viejo soldado había advertido perfectamente el modo en el que los dos se miraban. "Por otro lado, el sargento Santer acaba de dirigirse a usted por el rango correcto. Lo de cadete fue sólo provisional. A partir de hoy es usted la comandante d'Arc.

"Y hay más," intervino el senador Carless, que hasta ese momento se había limitado a sonreír con las manos cruzadas a la espalda. "Comandante d'Arc, va usted a recibir la Medalla del Honor de la República por sus acciones de hoy."

Joan no supo qué decir. Todavía estaba demasiado cansada como para pensar sobre las consecuencias de su victoria. El senador Carless notó su fatiga y asintió con la cabeza. "Bien, caballeros, creo que es hora de que nos marchemos y dejemos descansar a la comandante. Con todo lo que se avecina, va a hacerle falta.

"Todos los chicos la están esperando, jefa," dijo el teniente Trillian, venciendo por fin la timidez que, como a Tobb Santer, le causaba el estar en la misma habitación con un senador de la República y con el almirante en jefe de la Flota. El piloto hizo amago de salir por la puerta, pero se detuvo en seco y se volvió hacia Joan. "¡Y no se olvide usted de que tiene que enseñarme a hacer esa maniobra!"

Joan soltó una carcajada. "Veremos si soy capaz de acordarme de lo que hice. Por cierto," dijo poniéndose seria, "muchas gracias por salvarme ahí fuera."

Trillian se encogió de hombros. "No hay por qué darlas. Usted sí que nos salvó a todos. Yo sólo hice lo que debe hacer un hombre ala."

"Pues no volaré con ningún otro." La sonrisa de Trillian le llegó desde una oreja hasta la otra. Saludó marcialmente y se marchó. El senador Carless y el almirante Rickermoon hicieron lo propio, tras desearle ambos una rápida recuperación.

Tobb se quedó atrás, evidentemente a propósito. "El teniente Trillian tiene razón. ¿No te ha dicho nadie cuántos cazas bretalianos derribaste? Y eso por no mencionar al crucero..."

Joan torció el gesto. "No quiero saberlo. De verdad que no quiero saberlo."

"Lo siento," dijo Tobb confundido, retirando su mano de la de Joan. "Creo que te estoy molestando. Será mejor que yo también me marche."

"No, no es eso," se apresuró a decir ella, volviendo a cogerle la mano. "Es que no estoy en absoluto orgullosa de haber matado a esa gente." Tobb la miró entre conmovido y sorprendido. "Muchos eran buenas personas," terminó de decir ella.

"Se me olvidaba que eres una Dama Jedi," dijo él asintiendo con respeto, casi con veneración.

"No, no lo soy. Hay un Consejo Jedi en Coruscant..." empezó a explicar Joan, pero se detuvo, súbitamente perdida en la mirada de él. "Y todo eso," dijo por terminar de algún modo.

"Cuando salgas de aquí y empieces a cruzarte con gente por los pasillos, pregúntales si creen o no que eres una auténtica Dama Jedi. O mejor aún, *percíbelo*." Tobb acompañó la última palabra con un gesto teatral que la hizo reír. Ambos se quedaron mirándose el uno al otro por unos instantes, y después él se agachó para darle a Joan un beso en la mejilla. Fue un beso tierno, cargado de promesas, y ella sintió como la sangre se le venía a la cara.

"Volveré más tarde," dijo Tobb. Tras un último apretón, le soltó la mano y se marchó.

Durante un rato, Joan dejó de ser la increíble guerrera que, con la ayuda de la Fuerza, acababa de conducir un escuadrón de cazas, y en cierto modo a toda la flota de la República, a una victoria sin precedentes. Fue simplemente una chica de diecisiete años sintiendo la llamada del amor por primera vez en su corta vida. Cuando por fin se quedó dormida, lo hizo con una sonrisa en sus labios.

## Capítulo IV

La ceremonia oficial de entrega de la condecoración iba a tener lugar en la capital administrativa y cultural del planeta, Aldera, dentro del Palacio del Congreso de Alderaán. El impresionante edificio estaba construido en el centro de una inmensa explanada ajardinada, justo en el lugar donde, varios miles de años atrás, se había erigido el edificio del Senado de la República, cuando Alderaán era aún la capital de la misma. Había fuentes por todas partes, evidenciando el amor de los alderaanos por el agua. El lugar estaba lleno de gente. No sólo senadores y políticos, que necesariamente tenían que ser minoría entre tanta multitud, sino personas de toda condición que habían llegado hasta del último rincón del planeta para ver con sus propios ojos, o al menos intentarlo, a la Jedi de Alderaán, como Joan estaba empezando a ser conocida. Sólo los más privilegiados y los más madrugadores habían conseguido un asiento en la Sala del Congreso. El resto se arremolinaban alrededor del edificio y frente a la media docena de pantallas holográficas gigantes que habían sido instaladas en los jardines. Los vendedores de refrescos, golosinas y recuerdos de la capital habían acudido en tropel, y sus puestos flotantes competían en vistosidad y colorido tratando de atraer al mayor número posible de clientes. Visto desde el aire, aquello era un auténtico mar de personas. Joan se sintió intimidada. Ni siquiera la visión de la flota de asedio bretiliana la había impresionado tanto. Ya estaba deseando estar de vuelta en el *Armonía*. Tobb la había citado para desayunar, comer o cenar, lo que tocara, tan pronto como Joan se encontrara de nuevo a bordo.

"Todos están aquí por ti," le dijo el almirante Rickermoon, contemplando con ella el espectáculo desde la lanzadera militar que los traía desde el *Armonía*.

"¿Intenta usted hacer que me sienta mejor? Pues, con su permiso, señor, lo está haciendo bastante mal."

Rickermoon soltó una carcajada. "Veo que no le gusta la fama, comandante. A mí tampoco, la verdad. Aunque también es verdad que yo nunca he tenido una popularidad comparable con la que tiene usted ahora." Joan se encogió de hombros con fastidio. "Si me permite un consejo," continuó el veterano almirante, "no desprecie el poder que da la fama." Joan le miró sin comprender. "Si la utiliza con prudencia, puede servirle para hacer aún más bien del que consiguió derribando esas naves allá arriba. Y sin necesidad de matar a nadie."

Joan dio un involuntario respingo. "Lo tendré muy en cuenta, señor," respondió sin mirarle, notando que se estaba ruborizando. Era sorprendente, pero parecía como si Rickermoon la conociera ya a la perfección, a pesar de que se habían visto por primera vez hacía tan solo dos días. Joan había detectado cierta sensibilidad a la Fuerza en el almirante, pero no creía que fuera capaz de leerla el pensamiento. Pensaba más bien que se trataba de una afinidad natural entre ambos, a pesar de la diferencia de edad. Fuera lo que fuera Joan se alegraba de ello. El almirante Rickermoon le caía muy bien.

Instantes después, la lanzadera se posó con gran suavidad sobre la plataforma de aterrizaje instalada en lo alto del Palacio del Congreso. El piloto se volvió para informarles de que podían descender cuando quisieran.

"Vamos allá," dijo el almirante. Aunque ya era media tarde, la luz del sol de Alderaán era todavía intensísima. Joan pestañeó al salir a la plataforma. El almirante Rickermoon lucía realmente imponente en su traje de gala, inmaculadamente blanco con entorchados dorados. Joan vestía la guerrera blanca, los pantalones azul marino ribeteados de rojo y las botas negras altas del Cuerpo de Pilotos de la Armada. Una estrella dorada de comandante refulgía en cada una de sus hombreras. Dos capitanes de la Guardia del Congreso Alderaano, en traje de gala blanco y azul cielo, les esperaban para escoltarles hasta la Sala de Plenos. En la plataforma había poca gente, tan solo el personal de seguridad selecto y algunos técnicos, que aplaudieron tímidamente a su paso. Pero la situación cambió tan pronto como cruzaron la puerta de acceso al edificio en sí. Los pasillos se encontraban repletos de personas, funcionarios del gobierno de Alderaán, en su mayoría, que habían aprovechado sus pases oficiales para acercarse hasta allí con el fin de echar un vistazo a Joan desde cerca. Sabían que eso sería prácticamente imposible tan pronto como la joven llegara a la Sala de Personalidades, anexa a la grandiosa Sala de Plenos, donde esperaría con el almirante, el senador Carless y otros invitados distinguidos a que comenzara la ceremonia. Antes de alcanzar el ascensor vio la primera holocámara.

"Madre mía," no pudo evitar exclamar en voz baja. "¿van a transmitir esto por la holored de Alderaán?"

Rickermoon volvió a reírse. "Y por la de toda la República, comandante." Estoy seguro de que va a verse hasta en los mundos bretalianos, aunque no creo que allí vayan a aplaudirle demasiado."

"Madre mía," repitió Joan. Tan pronto como se hubo restablecido lo suficiente de sus heridas, Joan les había dejado un mensaje en la holored a sus padres. En él les contaba que estaba bien, y que había conseguido su objetivo de unirse a la flota republicana. No les dijo nada de lo que había hecho, pensando que les daría un ataque si se enteraban de que había entrado en combate. Aunque lo dudó mucho antes de hacerlo, terminó explicándoles que había utilizado un nombre supuesto al alistarse, sin decirles cuál. Se había asegurado de que el origen del mensaje no pudiera ser rastreado, o al menos no fácilmente, por lo que ellos no tendrían oportunidad de responderle. ¿Qué pensarían si la veían ahora? Seguramente muchos de sus familiares, amigos y vecinos la reconocerían. ¿De qué serviría entonces el haber cambiado de nombre? Miró a su alrededor con cierto nerviosismo. Si pudiera encontrar un terminal desde el que enviarles a sus padres un segundo mensaje... Pero ya era tarde. Estaban llegando ya a la Sala de Personalidades. Joan suspiró para sí y se dijo que la cosa ya no tenía remedio.

El senador Carless estaba ya esperándolos. El joven político se mostraba mucho más jovial de lo que Joan le había visto hasta ahora, libre, al menos por el momento, de la tensión que le había atenazado en los últimos días. Su

aspecto era impecable. Vestía un traje negro sin adornos, sobrio pero muy elegante, que le hacía parecer más alto. Joan vio a una mujer agarrada al brazo del senador. Parecía algo mayor que ella, muy guapa, con el pelo muy negro y muy largo. Su traje era negro también, adornado con bordados plateados en el cuello, el pecho, y la cintura, a juego con sus pendientes y con la pulsera que lucía en una de sus muñecas. El traje dejaba al descubierto sus hombros y sus esbeltos brazos. Su piel estaba ligeramente bronceada. Joan sintió cierta envidia ante la belleza y elegancia de la mujer, lo cual la sorprendió un poco. Hasta ahora siempre se había creído inmune hacia esa clase de sentimientos. Cuando se dio cuenta de que la mujer la estaba mirando, Joan retiró la mirada con cierto rubor.

"Almirante, comandante," dijo el senador abriendo los brazos en un gesto de bienvenida, "¡cuánto me alegro de verles!"

"Yo también me alegro de verle aquí, senador," respondió Joan con sinceridad. La mujer desconocida no apartaba la vista de ella. Joan vio como le daba un discreto tirón en el brazo al senador. Éste captó la indirecta a la primera.

"Comandante, me gustaría presentarle a usted a alguien muy especial para mí," dijo el senador con una sonrisa de orgullo. "El almirante ya la conoce. Se trata de mi prometida, Sorelnei."

"Es un honor para mí conocer a la Jedi de Alderaán," dijo Sorelnei, soltándose del brazo del senador y extendiendo la mano hacia Joan. En la Sala de Plenos, el Presidente del Congreso Alderaano, oficiando como maestro de ceremonias, se dirigía ya a los congresistas, miembros de delegaciones diplomáticas y al público en general que abarrotaba el inmenso recinto. Un fuerte aplauso se escuchó a través de las amplias puertas que comunicaban la Sala de Personalidades con la Sala de Plenos. La ceremonia estaba comenzando. Joan volvió la cabeza hacia allá por un momento. El almirante Rickermoon también miró, así como el senador Carless. Sorelnei no movió los ojos de los de Joan.

"El honor es mío, Sorelnei," respondió Joan girándose de nuevo hacia la mujer y estrechando la mano que ésta le ofrecía, "pero no soy realmente una Jedi," añadió con humildad.

Sorelnei no retiró su mano inmediatamente, sino que prolongó el contacto por unos instantes. Sonrió mostrando los dientes perfectos, pero Joan tuvo la fugaz sensación de que la sonrisa no había alcanzado sus ojos negros. "Bien, así es como todo el mundo la llama. Incluso Septim," dijo Sorelnei, con un gesto de la cabeza hacia el senador, que se encogió de hombros con simpatía.

Antes de que Joan tuviera ocasión de contestar a Sorelnei, la voz del Presidente del Congreso anunció que sería el senador Carless, de Yaga Minor, el hombre que había alzado su voz en el Senado de la República para protestar contra las acciones de los bretalianos, y que había dado el primer paso en la cruzada contra aquellos que se habían atrevido a romper una paz que había

durado dos mil años, el encargado de imponer la condecoración a la heroína del día. El gentío irrumpió en aplausos. Joan se fijó en el senador. Miraba a su prometida, y ésta le devolvía la mirada, cargada de orgullo y de algo más que Joan no supo identificar. Sorelnei le dio un beso en la mejilla antes de que el senador saliera a la Sala de Plenos, y se encaminara a la tribuna de oradores. Fue un paseo triunfal, acompañado de los aplausos del público. Sorelnei parecía exultante, mirando a través de las puertas abiertas al senador que, tras saludar al público y estrechar efusivamente la mano del Presidente del Congreso, alzaba ahora los brazos pidiendo silencio.

Tan pronto como los aplausos empezaron a remitir un poco, el propio senador Carless se encargó de dar la bienvenida a la comandante Joan d'Arc, del Cuerpo de Pilotos de la Armada de la República...

"...la Dama Jedi que, al frente de su escuadrón," decía el senador, mientras Joan tragaba saliva, "abrió el camino para que Alderaan recobrase la libertad que había estado a punto de perder."

Esto dio paso a una nueva ovación, más estruendosa si cabe que la que había recibido al senador Carless a su entrada a la Sala de Plenos. Joan escuchó como gritaban su nombre, y deseó por un momento haber terminado ya con todo aquello. Entonces recordó las palabras que poco antes le había dirigido el almirante, acerca de lo que se podía conseguir utilizando adecuadamente la fama. Como si, de nuevo, el veterano militar le estuviese leyendo el pensamiento, se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

"No les haga usted esperar, comandante."

Joan asintió y se acercó a las puertas. Desde allí hizo un gesto de despedida hacia Sorelnei y el almirante y, sin pensárselo más, entró en la sala.

El senador Carless puso la medalla en el pecho de Joan al sonido de un aplauso absolutamente ensordecedor. Las emociones desbocadas del gentío inundaban la percepción de Joan, a pesar de que ella intentaba no sentir las. En ese instante comprendió lo que quería decir el almirante. *Incluso sin la ayuda de la Fuerza, esta gente estaría dispuesta ahora mismo a hacer lo que yo les pidiera...*

"¡Vamos, Joan!" El senador tuvo que gritarle para hacerse oír. "¡Tienes que decirles algo!"

Joan dio un paso al frente y recorrió el recinto con la mirada. La parte principal de la sala, la que estaba ocupada por los congresistas alderaanos y los miembros de las numerosas delegaciones diplomáticas, comenzaba a unos dos metros por debajo del estrado que ahora ocupaba ella, y ascendía en lento declive hasta un centenar de metros de allí. A partir de ese punto se levantaban los graderíos ocupados por el público, seis veces más grandes, pero abarrotados ahora incluso por encima de su capacidad. Cuando toda aquella gente se dio cuenta de que Joan estaba a punto de dirigirse a ellos, en pocos instantes se hizo el silencio. Joan respiró profundamente antes de empezar.

"Gente de Alderaán..." Sus primeras palabras incitaron una nueva ovación. Con una sonrisa nerviosa, Joan esperó hasta que se fuera apagando un poco antes de continuar. "No puedo expresar siquiera lo honrada que me siento por estar aquí, por todo el afecto que me están ustedes mostrando. A pesar de lo que ha dicho el senador Carless, no soy en realidad una Dama Jedi, aunque es verdad que lo que haya podido hacer, lo he hecho con la ayuda de la Fuerza. Pero yo fui sólo una más. He de decirles que Alderaán es libre hoy gracias a los esfuerzos de muchas, muchas personas, que dieron sus vidas para defender aquello en lo que creían, en la igualdad de todos los mundos en el Universo y su derecho a vivir en paz y libertad. Muchos de ellos eran también alderaanos. Acepto ahora esta medalla en su nombre, y únicamente porque ellos no pueden estar hoy aquí para recibirla." La dulzura y la sinceridad tan palpables en la voz de Joan cautivaron al público de inmediato. Algunas personas no podían evitar emocionarse y dejar escapar alguna lágrima. Todo el mundo parecía mágicamente encadenado por sus palabras. No sólo los que se encontraban dentro de la Sala de Plenos, sino también las multitudes que esperaban en el exterior del Palacio del Congreso, arracimadas en torno a las pantallas holográficas, y millones más que, a años luz de distancia, contemplaban la ceremonia a través de la Holored. Las cámaras se esforzaban por captar hasta el más pequeño de sus gestos, su expresión ligeramente aturdida pero al mismo tiempo resuelta, sus manos, con las que gesticulaba ligeramente sin advertirlo, el sable láser colgando de su cintura, sus piernas, ligeramente abiertas y plantadas en el escenario con decisión. Pero por encima de todo sus ojos, iluminados por un centenar de destellos, brillando como si estuviese a punto de llorar cada vez que parpadeaba, y transmitiendo toda la emoción que ponía en cada frase. Media galaxia se enamoró ese día de Joan d'Arc.

Poco a poco, su improvisado discurso fue adquiriendo firmeza, a medida que Joan se olvidaba de la presión de tantos y tantos ojos puestos sobre ella y se limitaba a decir lo que sentía. "Pero aunque hemos ganado en Alderaán, hay otros mundos que han caído bajo la tiranía de los bretalianos. No podemos ni debemos descansar hasta que todos ellos, desde el primero hasta el último, recuperen la libertad que les han robado. El día en el que eso se haya cumplido, nuestra misión habrá terminado y podremos vivir en paz como antes. Pero hasta que llegue ese día, ¡tendremos que seguir peleando!"

La ovación fue increíble, superando a todas las precedentes. A las de ese día, y a todas las que se hubieran escuchado jamás en aquella sala. La gente se ponía en pie, coreando a voz en grito el nombre de Joan. A su lado, el senador Carless sonreía impresionado. De su rostro había desaparecido ya por completo cualquier rastro de cansancio. Joan lo había visto asentir durante la última parte de su discurso. Aquel hombre estaba dispuesto a seguir trabajando por la causa que él mismo había liderado en sus comienzos. Como cualquier político, era ambicioso, pero lo primero para él seguían siendo sus ideales. A pesar de la adoración popular de la que ahora se sentía objeto, Joan no se engañaba a sí misma. Ni siquiera en ese momento. Ella no podía guiar a la República en la inmensa tarea que aún quedaba por hacer. Aún a pesar de lo mucho que había cambiado en los últimos días, seguía siendo una muchacha

de diecisiete años. Puede que fuera un piloto excepcional, pero no era un político ni un líder de masas. El senador Carless sí. El poder de la fama del que hablaba el almirante Rickermoon, en estos momentos ella lo tenía. ¿Se atrevería a usarlo? ¿Estaría bien que lo hiciera? ¿Qué sabía ella de política, para atreverse a influir en ella? De los miles de senadores que ocupaban un escaño en el Senado de la República, ella sólo conocía a Septim Carless. Sabía muy poco del actual Canciller, aparte de que se llamaba Toras Zindalander, y que antes de ser elegido para ocupar el más alto cargo político de la galaxia conocida había sido senador por Chandrila. En la disputa con los bretalianos parecía haberle faltado la decisión necesaria para pararles los pies antes de que la cosa fuera demasiado lejos. Era evidentemente un hombre de paz que se encontraba confuso en estos tiempos de guerra. De no ser por la decidida acción del senador Carless, aún se seguiría discutiendo en Coruscant y Alderaán estaría ya en manos bretalianas. Joan se preguntó si dar o no el paso al que se sentía impulsada. La Fuerza no podía aconsejarla. Era decisión suya.

Joan levantó las manos, pidiendo silencio como le había visto hacer antes al senador. Apenas había tenido tiempo para pensar en lo que iba a decir, aunque la idea había estado dándole vueltas en la cabeza durante los días que pasó en la enfermería del *Armonía*. Entonces no había imaginado que se le iba a presentar una oportunidad como ésta. La gente se fue sentando poco a poco, y la calma volvió momentáneamente a la Sala de Plenos. Era difícil ser completamente objetiva, pero al preguntarse a sí misma si lo que iba a hacer era o no lo correcto, se respondió con sinceridad que sí. Así lo creía. Joan decidió seguir adelante.

"Alderaanos, distinguidos representantes de otros mundos. Permítanme que les diga algo más antes de retirarme. A ustedes les corresponde juzgar si tengo o no razón y, si me equivoco, tengan en cuenta que no soy más que una chiquilla." Ese comentario provocó algunas risas, y con él Joan no hizo sino ganarse al público todavía más. "Lo que creo es que vamos a necesitar a alguien que nos lleve a todos de la mano en esta empresa. Alguien capaz de tomar las decisiones que sean necesarias, hasta que la paz haya sido restablecida. No tengo nada en contra del Canciller Zindalander. Ni siquiera le conozco. Pero aún así creo que hay otra persona más capacitada para llevar a cabo esta tarea, alguien que, desde que esta situación empezó a desbordarnos, se ha ganado todo nuestro respeto y nuestra confianza. Yo digo que el senador Carless, de Yaga Minor, es esa persona." Joan se volvió hacia Carless, que la miraba pasmado, y extendió su mano hacia él. "Senador, ¿querrá usted intentarlo? ¿Se ofrecerá usted a ser Canciller de la República, y se someterá a la votación del Senado?"

Septim Carless estaba aturdido, totalmente cogido por sorpresa. Él sólo había estado al frente de la Flota reunida para responder a los bretalianos debido a las circunstancias, a que nadie parecía decidirse a hacer algo cuando a él le parecía que había que actuar de inmediato. ¿Él, Canciller Supremo de la República? Ni siquiera se lo había llegado a plantear. Era demasiado. No quería tener en sus manos *tanto* poder, ni echarse una responsabilidad tan inmensa sobre los hombros. Miró por un momento alrededor, a esa multitud

que empezaba a aplaudir de nuevo, muchos gritando ya su nombre en lugar del de Joan. ¿Qué había hecho esa muchacha? Sus ojos volvieron a clavarse en los de ella. Por un momento se sintió atrapado en esa mirada, y casi le dio miedo. La mano que le tendía descendió un poco. Joan sintió que no podía ni debía obligarle a hacer nada que él no quisiera hacer. Ahora no estaba usando la persuasión mediante la Fuerza. En este caso eso sería algo monstruoso. Pero aún así le había puesto en un compromiso ante la galaxia entera, empujándole de algún modo a que hiciera algo para lo que él no se sentía preparado. Joan vio eso ahora, pero ya estaba hecho. No podía echarse atrás, y tampoco quería hacerlo. Su vacilación para aceptar el poder que se le ofrecía la estaba convenciendo más a cada instante de que él era la persona que la República precisaba. Sin duda era honrado, y también valiente. Había sido el primer senador en reaccionar a la agresión de los mundos bretalianos, quizá debido a su juventud, pero su acierto al hacerlo había sido innegable. Joan no podía permitirle retirarse ahora. La Sala de Plenos era ya un clamor de voces que aclamaban al senador Carless. Joan le sonrió y él le devolvió la sonrisa, tímidamente al principio, pero ganando en confianza a cada instante. *Se está decidiendo*, pensó Joan. *Va a decir que sí*. Septim Carless tomó la mano de Joan y se volvió hacia la multitud.

"Sí, Joan. Lo haré. Si el Senado me elige, si la República me encomienda tan importante misión, trataré de ser el hombre que dices." La aclamación se hizo atronadora cuando el senador y Joan se abrazaron en la tribuna de oradores, ante la mirada cubierta de lágrimas de emoción del Presidente del Congreso de Alderaán.

Tan sólo había una persona que no aplaudía al contemplar aquel abrazo. Se trataba de Sorelnei, la prometida del senador Carless.

## Capítulo V

Cuando todo hubo acabado, una agotada Joan se encaminó de vuelta a la plataforma de aterrizaje del Palacio del Congreso, en compañía de un silencioso almirante Rickermoon. A pesar de la decisión que había mostrado, Joan aún se preguntaba si había hecho bien. El almirante parecía tan pensativo... Quizás no compartía su opinión sobre el senador Carless, o el modo en el que Joan había actuado. Él lo conocía mucho mejor. Quizá Joan debería haberle pedido consejo antes de hacer nada. Y sin embargo no sentía desaprobación en él. Sólo meditación.

"Perdóneme, comandante," dijo Rickermoon deteniéndose dubitativo al salir del ascensor. "He visto al general Talon y al general Risfen ahí abajo. No he tenido oportunidad de hablar con ellos desde antes del ataque, y hay un par de cosas que quería comentar con ellos." Parecía estarlo pensando a medida que lo decía.

"Por supuesto, almirante. ¿Quiere que le acompañe?"

"No, gracias, comandante." ¿Por qué parecía el almirante tan confundido? "Eso no será necesario. Espéreme en la lanzadera. No tardaré más de diez o quince minutos." El almirante se volvió hacia el ascensor, pero de nuevo se detuvo. "¿Le importa que me lleve a nuestra escolta? Esto parece bastante tranquilo, pero tendré que atravesar una multitud para llegar hasta donde se encuentran los generales." Uno de los dos oficiales alderaanos había hecho amago de seguir a Rickermoon al ascensor, mientras que el otro permanecía al lado de Joan. Éste último la miró esperando su confirmación a la sugerencia del almirante. En realidad Rickermoon tenía razón. En el anteriormente atestado pasillo ahora no había nadie más que ellos.

"Claro, almirante. A usted van a hacerles más falta que a mí. Además," dijo dando una palmada sobre su sable láser, "no creo que haya nadie por aquí con ganas de enfrentarse a la Jedi de Alderaan."

Joan había pretendido hacer un chiste a su costa, pero el almirante no pareció entenderlo. La miró por un segundo de forma inexpresiva y asintió con la cabeza. Las puertas del ascensor se cerraron tras él y los dos alderaanos. Joan se quedó sola.

Al otro lado del pasillo, la puerta abierta dejaba ver la plataforma de aterrizaje y parte de la lanzadera que les había atraído allí. Estaba ya anocheciendo. La plataforma parecía tan desierta como el pasillo. Aquello le resultó extraño, pero Joan no encontró razón alguna para preocuparse. Se echó a andar hacia la puerta, cuando de pronto la luz mortecina que entraba por ella se oscureció momentáneamente. Ante ella, vio alzarse una figura encapuchada, vestida con una túnica marrón sin distintivos ni adornos. Joan no percibió señal alguna de amenaza, sino más bien al contrario. La figura dejó caer la capucha hacia atrás, dejando ver a un hombre cuyo aspecto le recordó a Joan al propio senador Carless, con el mismo cabello castaño oscuro

recortado a la altura de los hombros. Pero había algo en él que le hacía parecer mucho más viejo de los treinta años del senador, aunque su físico era el de una persona igualmente joven. Entre los pliegues de su túnica, Joan alcanzó a distinguir un brillo metálico. Aquel hombre portaba un sable láser. El corazón le dio un vuelco.

"¿Es usted un Caballero Jedi?" preguntó en un tono en el que se mezclaban la alegría, la esperanza y un súbito temor.

"Así es." Su voz era profunda y bien modulada. Sus palabras llegaron hasta Joan perfectamente claras, a pesar de que apenas levantó la voz para dirigirse a ella. Irradiaba calma y seguridad en sí mismo. Se acercó caminando despacio, y se detuvo a un metro de Joan. "No tienes nada que temer de mí, Jedi de Alderaán." Al decir esto último, el hombre sonrió por primera vez.

Joan se ruborizó a pesar de la sonrisa. "Le he dicho a todo el mundo que no soy realmente una Jedi," se explicó.

"Y has hecho bien, porque no lo eres." Esa misma respuesta, en boca de otra persona, podría haber sonado como una bofetada, pero no fue así en el caso del Caballero Jedi. Se estaba limitando a enunciar un hecho, sin hacer ningún juicio sobre él ni expresar opinión alguna. Joan se tranquilizó un poco. El hombre señaló el sable láser de Joan.

"Realmente es el del Maestro Jonderiis. Es increíble."

"Él mismo me guió para encontrarlo," respondió Joan, mirando también al sable por un instante.

"Puede." El Jedi permaneció por un momento en silencio. Joan no se atrevió a preguntarle qué quería decir con aquel *puede*. El hombre la miró directamente a los ojos. "Mi nombre es Miquelus. He sido enviado para llevarte conmigo."

"¿A dónde?" preguntó Joan con más curiosidad que suspicacia. Podía sentir que lo que había dicho Miquelus era cierto. No tenía nada que temer de él. No pensaba hacerla ningún daño.

"A Coruscant. A presentarte al Consejo Jedi y que ellos estudien tu caso. Eres ya mayor, pero quizás aún puedas convertirte en una de nosotros."

"¿A Coruscant?" repitió ella incrédula. *A ver al Consejo Jedi*. Si había algo que ella hubiera soñado alguna vez, era que un auténtico Caballero Jedi le ofreciera algo así. Pero ahora no podía pensar siquiera en eso. Había mucho trabajo que hacer. Los bretalianos debían estar preparándose ya para un contraataque. El escuadrón la esperaba. Tobb la esperaba. "No puedo irme a Alderaán ahora," respondió dudando apenas. "Tengo que estar de vuelta en el *Armonía* pronto. En cuanto vuelva el almirante..."

"Olvida todo eso," le dijo Miquelus, con un gesto del mentón hacia sus galones de comandante. "No debería significar nada para ti. Ni siquiera tendrías que haber participado en ese ataque, ni hacer nada de lo que hiciste."

"¿Pero cómo puedes decir eso?" Joan se sintió indignada a pesar suyo. Ni siquiera se percató de que había dejado de tratar de usted a Miquelus. "¡No podía permitir que los bretalianos tomaran Alderaán por la fuerza! ¡Vosotros deberíais haberlo impedido, pero por alguna razón os negasteis a ayudar a la República! La Fuerza me guió a actuar de ese modo."

"No," respondió él sin perder la calma. "Tú utilizaste la Fuerza para hacer lo que querías hacer. Para manipular las mentes de los oficiales de la República y que te dieran lo que querías. Para impedir que los bretalianos reaccionaran cuando tú y tu escuadrón les atacasteis. Sí, Joan. Sin saberlo, has estado muy cerca de caer en el Lado Oscuro."

Ahora Joan se asustó de verdad. Sintió como si el corazón se le encogiera. "¿El Lado Oscuro? ¿Por qué?"

"Ya te lo he dicho. Utilizaste a la Fuerza según tu voluntad, y confundiste con ella a seres que no tenían posibilidad alguna de defenderse ante tus poderes. Pensaste en ti misma antes que en ellos."

"Pero eso no es así..." protestó ella, sintiéndose confusa e intimidada por las palabras de Miquelus. "Trataba de ayudar a los alderaanos."

"Te dejaste llevar por la ira que te provocaron las acciones de los bretalianos. Utilizaste la agresividad que sentías para obtener más poder de la Fuerza, y atacarles sin que ellos pudieran defenderse a tiempo."

Joan no podía creer lo que estaba oyendo. Miró a su alrededor y comprendió por qué no había nadie alrededor. Por qué el almirante se había marchado sin razón aparente, dejándola sola allí.

"Tú también has utilizado la persuasión mediante la Fuerza para que todo el mundo se marchase de aquí. Para que todos encontrasen alguna razón para estar en otra parte."

El Jedi asintió. "Cierto. Pero yo no pretendía matarles."

Para Joan eso fue un auténtico mazazo. Todas sus dudas y remordimientos acerca de los bretalianos a los que había matado o ayudado a matar durante la batalla volvieron a ella de repente, haciéndola casi derrumbarse.

"Puede que tengas razón," reconoció Joan. "Me he sentido mal todo este tiempo por eso."

Miquelus sonrió comprensivo. "Eso significa que aún estás a tiempo de salvarte. En parte es culpa nuestra. Si hubieras sido entrenada por un Maestro, jamás habrías caído en esa clase de tentación." Miquelus sacudió la cabeza.

"No puedo entender como nadie de la Orden te había localizado hasta ahora. Tu conexión con la Fuerza es tan fuerte que debimos haberla detectado hace tiempo. Quizá no mirábamos en la dirección correcta," al decir eso, el Jedi se encogió levemente de hombros, un gesto que le hizo parecer más humano. "A pesar de lo que cree la gente, ni somos perfectos ni estamos en todas partes."

Joan consiguió sonreír un poco. "Dime, ¿qué debería haber hecho?"

"Nada," respondió Miquelus inmediatamente. "Esta guerra entre los bretalianos y el resto de la República no es algo que podamos solucionar nosotros. No desde luego combatiendo para ninguno de los bandos."

"Pero una de las misiones de los Jedi es mediar en los conflictos..." sugirió Joan con cierta timidez. No parecía apropiado recordarle a un Jedi lo que los Jedi debían supuestamente hacer, pero no pudo evitarlo.

"Así es," admitió Miquelus sin parecer en absoluto ofendido. "Y eso es lo que hemos estado haciendo. Le dijimos al senador Carless y a su comisión del Senado que no presentaran batalla a los bretalianos. Dos no pelean si uno no quiere."

"¿Deberíamos dejar entonces que los bretalianos se hicieran con el poder en la República? ¿Por las armas?"

"Si no hay resistencia, las armas no son necesarias. Puede que los bretalianos se hubieran hecho con el gobierno, sí, pero los gobiernos terminan cayendo tarde o temprano si no son justos, y sus líderes son depuestos. Pacíficamente, o al menos, con menos derramamiento de sangre que el que cualquier guerra provoca. Algunos de los nuestros están ya entre los bretalianos, preparando el camino. Todo podría estar ya en vías de solución si el senador Carless no hubiera conseguido el apoyo necesario para enviar la Flota contra los bretalianos. Si tú no le hubieras ayudado."

Joan se vio obligada a reconocer que lo que decía Miquelus no carecía de sentido. Pero a pesar de ello, no estaba convencida de que las cosas pudieran ser de ese modo. Había algo incorrecto en ese razonamiento, y Joan creía saber lo que era.

"¿Cómo derrocar pacíficamente a un gobierno establecido por la fuerza?" preguntó a Miquelus. Sin darle tiempo a contestar, le asaltó con más preguntas. "¿Qué no le haría ese gobierno a sus súbditos, a la menor amenaza de levantamiento? ¿Cuánta sangre sería necesaria para derrocarlo? ¿Deben dejarse impunes las acciones de los agresores? Los bretalianos habían matado ya a mucha gente antes de que nos enfrentáramos a ellos por primera vez."

"Lo sé," asintió Miquelus con aire apesadumbrado. "Las cosas nunca son blancas o negras, y ningún bien puede conseguirse sin que alguien tenga que sufrir para ello. En el mismo Consejo Jedi ha habido voces que han hablado como lo has hecho tú, y han planteado tus mismas preguntas. Pero todos se han avenido a acatar la opinión de la mayoría y a aceptar el criterio de aquellos

más sabios y con mayor experiencia. Es difícil, pero puede aprenderse. Tú también lo harás. Los Jedi debemos permanecer unidos, y entrar en esta guerra causaría inevitablemente la desunión, también entre nosotros. ¿Te has parado a pensar que hay también Jedi bretalianos? ¿Conoces el punto de vista de los bretalianos sobre la guerra? ¿Cuál es su justificación?"

"Sé lo de las rutas comerciales," respondió Joan de nuevo confundida. "Lo de la estación espacial en el sistema Lesmotos."

"Eso es sólo lo que los medios de comunicación afines al actual gobierno de la República dicen. Hay más. Siempre hay mucho más de lo que una de las partes en conflicto le cuenta a su gente." Joan no respondió, reconociendo la verdad de lo que decía Miquelus. Estaba a punto de dejarse convencer, pero en su fuero interno seguía resistiéndose a admitir que el no hacer nada pudiera ser la mejor forma de acabar con la guerra. "Ven conmigo," insistió Miquelus notando su vacilación. "Deja que un verdadero Maestro Jedi te enseñe los caminos de la Fuerza. Con el tiempo, aprenderás a interpretar correctamente sus designios, a controlar tus emociones, al igual que aprenderás cómo construirte tu propio sable láser y a levitar con el pensamiento, si éstas se cuentan entre tus habilidades." Miquelus se acercó un poco más a Joan y le puso la mano en el hombro. Sus ojos desprendían sinceridad. Su voz era una invitación a seguirle, a confiar en él. A ir a Coruscant y conocer a otros Jedi. A convertirse en una Dama Jedi de verdad.

"No."

"¿No?" Miquelus parecía realmente confundido. Estaba seguro de que Joan iba a aceptar.

"No puedo hacerlo, lo siento." Joan dirigió su mirada al suelo por un momento antes de volver a enfrentarse a la de Miquelus. "Aunque puedo entender lo que me dices, y estoy parcialmente de acuerdo con ello, todo mi ser se rebela contra la idea de permanecer inactiva mientras los unos atacan a los otros. La República tiene que resistir. Tiene que defenderse de sus agresores. Y yo acabo de prometer estar ahí. Ojalá tengas razón, Miquelus. Ojalá la guerra se acabe por sí sola y las disputas puedan resolverse sin usar la violencia. De verdad que deseo que tengas razón."

"Lo que dices no sucederá si te empeñas en luchar para la República y convertirte en un símbolo que todos seguirán al combate." La afabilidad de Miquelus había desaparecido y su expresión era ahora mortalmente seria. "No lo hagas Joan."

"Tengo que hacerlo."

El Jedi se quedó mirándola en silencio por lo que pareció una eternidad. Joan sintió como sus sentidos rozaban los suyos, tratando de comprobar hasta que punto sentía lo que decía. Hasta que punto era imposible convencerla. Ella le dejó hacer, sin intentar ocultarle ninguno de sus pensamientos. Era tan sincera como Miquelus, y sus convicciones igual de profundas. Joan sintió su

decepción y su pena cuando, al final, Miquelus dejó escapar un largo suspiro y se dio por vencido.

"Está bien, Joan d'Arc, Jedi de Alderaán." No había burla en su voz, pero tampoco el calor amistoso que la había impregnado hasta ahora. "Sea como quieras. No puedo obligarte, aunque crea que con tus acciones puedas llegar a ser causa de mayores sufrimientos que los que pretendes evitar. No te impediremos actuar, como tampoco estamos impidiendo avanzar a los bretalianos. Pero tampoco esperes ayuda alguna por nuestra parte."

"Es lo justo," asintió Joan, sin poder evitar sentirse repentinamente muy triste.

"Intenta no dejarte llevar por tus emociones," le aconsejó Miquelus. "Especialmente la ira, la agresividad y el miedo. Si haces eso, y si además eres sincera contigo misma y con los demás, si no tratas jamás de utilizar la Fuerza en contra de su propia naturaleza, quizá no caigas en el Lado Oscuro a pesar de todo. Por mucho daño que causes, no intervendremos mientras no empieces a utilizar el poder del Lado Oscuro. Y ya has estado muy cerca de hacerlo. Créeme, si caes en él, lo sabremos, y entonces te destruiremos." Joan comprendió que Miquelus no la estaba amenazando. Tan sólo la avisaba, y Joan se lo agradeció desde lo más profundo de su ser. Recordaría sus palabras, trataría de hacer lo que él había dicho. También trataría de demostrarle a los Jedi, con sus acciones, que el camino que había elegido era el correcto.

"Gracias, Miquelus," dijo Joan con total sinceridad.

"No hay de qué, Joan d'Arc. A pesar de todo, me alegro de haberte conocido. Que la Fuerza sea contigo."

"Y contigo, Miquelus," respondió Joan. Un instante después lo vio desaparecer por la puerta. Joan le siguió momentos más tarde. Cuando salió a la plataforma, no había rastro alguno de Miquelus. Tampoco esperaba que lo hubiera. Joan fue caminando hasta la lanzadera y abrió el portalón de acceso. Volvió la cabeza pensativa hacia el pasillo que acababa de abandonar. Ahora que Miquelus se había ido, el almirante Rickermoon no tardaría en regresar, estaba segura de ello. La lanzadera estaba vacía, sin señales del piloto o del copiloto. Se sentó a esperar en su asiento a que todos ellos volvieran, sintiéndose muy cansada. El día le había parecido muy, muy largo. Aunque para media galaxia, éste era un día de celebración y de victoria, Joan no podía evitar pensar que, de algún modo, había perdido más de lo que había ganado.

*Papá, ya sé por qué no venían los Jedi.*

## Capítulo VI

[A bordo de la fragata capturada *Vigilante*]

Víbora había decidido dejar por imposibles a Granito y a Alce. Mientras estuvieran enfrascados en su trabajo, no habría manera de hablar con ellos. En el caso de Granito, la cosa no le sorprendía demasiado. Víbora se había encontrado con el caldaniano en el escuadrón Rojo, la unidad de entrenamiento avanzado de la Alianza. Tras unirse a la Rebelión y ser admitido como piloto de caza manteniendo su rango imperial de capitán, Víbora había pasado un par de meses en el escuadrón Rojo, a bordo de la fragata *Regis*, acostumbrándose a las naves utilizadas por los rebeldes. Granito era uno de sus compañeros allí, y tras trabar amistad con él, había tenido ocasión de descubrir algunas de sus habilidades. El excéntrico piloto era probablemente el tipo con mayores conocimientos sobre toda clase de armas con el que jamás se hubiera encontrado. Después de lo que había vivido en los últimos diez años, Víbora se consideraba a sí mismo un experto, pero tenía que admitir que Granito le sobrepasaba. Si alguien era capaz de adaptar los torpedos imperiales a los lanzadores del ala-B, ése era sin duda Granito. A eso se añadía que, por lo que había visto hasta ahora, Alce era un fuera de serie manipulando los distintos sistemas electrónicos utilizados en los cazas estelares. Con los dos trabajando juntos, Víbora pensaba que había buenas posibilidades de poder armar de nuevo los cazabombarderos del escuadrón con torpedos de protones. Tenía la completa certeza de que iban a necesitarlos muy pronto.

Cuando Víbora estaba a punto de abandonar el atestado hangar principal de la *Vigilante*, un recital de gritos a su espalda le hicieron detenerse y volverse a ver qué estaba pasando. Una mirada fue suficiente para comprobar que Granito y Alce habían dado con algo. Víbora sonrió de oreja a oreja y tomó el ascensor que le llevaría al hangar secundario, varias cubiertas más arriba y en el lado opuesto de la nave.

Estaba aún dándole vueltas a lo que había dicho Lllamarada, acerca de que esta nave todavía era una fragata imperial. Cuando era piloto de caza para el Imperio, Víbora había estado destinado la mayor parte del tiempo a bordo de destructores estelares, pero también había visitado algunas fragatas de escolta Nebulon-B como ésta. La *Vigilante* había estado especializada en misiones de reconocimiento táctico. Cuando la capturaron, el hangar principal estaba ocupado mayoritariamente por lanzaderas de la clase Alpha, y un bombardero TIE al que le faltaba uno de los motores. El resto de los bombarderos habían sido derribados por los alas-X del escuadrón Azul cuando intentaban abandonar el hangar, en un intento desesperado de defender su nave nodriza. Momentos después, los cañones de iones del *Alegre Jack* y de los alas-B del escuadrón Blanco habían deshabilitado a la *Vigilante*, dejándola a la deriva y permitiendo que los comandos de asalto del *Alegre Jack* la abordaran. El ataque había sido tan rápido que los imperiales apenas habían tenido ocasión de reaccionar. Víbora no recordaba haber visto ninguna nave saliendo del hangar secundario en ningún momento. Podía deberse simplemente a que

estuviera vacío, pero él tenía la esperanza de que no fuera así. Sería muy extraño que la fragata estuviera equipada sólo con lanzaderas y bombarderos, sin un solo caza para realizar misiones de reconocimiento avanzado y escolta. *En fin, pronto vamos a salir de dudas.*

Víbora llegó a la puerta del hangar y pulsó el botón de apertura. La puerta se deslizó silenciosamente hacia un lado y las luces del hangar fueron encendiéndose una detrás de otra. La tripulación actualmente a cargo de la *Vigilante* apenas era suficiente para operar los sistemas principales de la nave. Ni siquiera había habido tiempo de hacer inventario. Aunque con toda seguridad, los comandos habían revisado este hangar tras capturar la nave, en busca de trampas o de imperiales ocultos, ahora no había nadie trabajando en él. Al ver lo que allí había, Víbora dejó escapar un silbido.

"Justo lo que estaba buscando."

La cubierta de vuelo tenía apenas una quinta parte de la superficie de la principal, y el techo era demasiado bajo como para que entrara allí una lanzadera. Seguramente, la altura era escasa incluso para los amplios paneles solares de un caza TIE estándar, que en el mejor de los casos harían bastante complicado el aterrizar y despegar con uno de ellos. Pero los cuatro Interceptores TIE alineados frente a él tenían espacio más que suficiente.

El hangar principal de la *Nebulon-B* había estado equipado con una catapulta para el lanzamiento de los diversos modelos de TIE, similar en diseño aunque más pequeña que las que podían encontrarse en un destructor estelar. Los cazas se colgaban literalmente del techo, sujetos a una estructura metálica que abarcaba la totalidad del espacio disponible. Los pilotos accedían a sus cazas por diversas escalerillas adosadas a esa misma estructura, y un sofisticado engranaje iba colocándolos en posición para su lanzamiento desde la catapulta. Como en la mayoría de las naves nodriza, el hangar disponía también de un rayo tractor para recuperar naves averiadas e introducir las en el hangar sin intervención del piloto. La catapulta de la *Vigilante*, así como la estructura de sujeción de los cazas, ya habían sido desmontadas a toda prisa para dejar sitio a los alas-A y B del escuadrón Blanco. El rayo tractor, en cambio, seguía siendo operativo. En el hangar secundario, por el contrario, no había ni catapulta ni rayo tractor. Los Interceptores TIE estacionados allí, posados sobre sus aparatosos ciclos de aterrizaje, tendrían que realizar por sí mismos las operaciones de aterrizaje y despegue. Seguramente por esa razón no les había dado tiempo a intervenir en la lucha. Eso, o bien ninguno de ellos estaba en condiciones de volar, pero tal cosa no parecía demasiado probable, dada la proverbial eficacia de los equipos de mantenimiento imperiales. No sería difícil comprobarlo. Víbora fue hasta la popa del caza más cercano y abrió la compuerta de acceso. Entró en la, para él, más que familiar cabina, y se sentó a los mandos. Tras encender la computadora de vuelo, lanzó los procedimientos de autochequeo del Interceptor. En pocos minutos conocería con todo detalle en qué estado se encontraba la nave.

Víbora se había pasado muchas horas en cabinas como ésta cuando volaba para la Armada Imperial. El Interceptor TIE no estaba tan bien considerado

como el TIE Avanzado, especialmente debido a la falta de escudos de protección y a no estar capacitado para viajes hiperespaciales, pero no dejaba de ser una nave fantástica. Víbora se había divertido de lo lindo volando en Interceptores como éste, tan rápidos y ágiles que el pilotarlos era una pura delicia. Puso su mano sobre la palanca de mando y, al notar bajo sus dedos los distintos controles, le pareció como si hubiera estado sujetando aquel tipo de palanca hasta tan sólo un día antes, aunque en realidad hacía ya más de seis meses desde la última vez. La palanca de mando de los TIE tenía una empuñadura anatómica en forma de horquilla, con el disparador, el control de armamento y el selector de blancos estratégicamente situados, de forma que el piloto pudiera obtener información de tiro de los sensores y seleccionar la potencia y cadencia de fuego a utilizar sin necesidad de apartar la vista ni un solo instante de su objetivo. El tacto de aquella palanca en su mano, mientras contemplaba el hangar y el espacio más allá a través del amplio visor frontal, con el diseño en secciones trapezoidales tan característico de todos los modelos de cazas tipo TIE, hizo que un torbellino de recuerdos se le viniera a la cabeza.

Víbora se acordó sin querer de los viejos tiempos, de los amigos que hizo en la Armada Imperial, de la expectación que sentía cuando abordó un destructor estelar por primera vez, honestamente convencido de que el Imperio era la mejor garantía de paz para la galaxia. Qué feliz se sentía de ser parte de todo aquello, qué excitado cada vez que la catapulta lanzaba su TIE al espacio, impulsándolo en un instante a una velocidad de vértigo. Pero con el tiempo había descubierto cuál era el precio del tipo de paz que ofrecía el Imperio: la esclavitud de pueblos enteros, la degradación de la mayoría de las razas no humanas, y la muerte de todos aquellos que suponían un obstáculo para los deseos del Emperador. Víbora había sido testigo de masacres perpetradas en su nombre, y también él había matado para mayor gloria del Imperio. Todas las noches, cuando se acostaba, se preguntaba cuántas de esas muertes eran realmente necesarias, cuántas podrían haberse evitado, y cuál era su responsabilidad por cada una de ellas, por mucho que actuase siguiendo órdenes. Todas aquellas eran preguntas sin respuesta. Era peor aún tener que ver, día a día, el poco aprecio que el Imperio parecía sentir por las vidas de aquellos que le servían. Tantos compañeros suyos se habían perdido por verse obligados a combatir en cazas sin escudos, tantos por haber sido enviados a misiones de las que se sabía que no podrían volver... Todo el tiempo intentaba buscar razones que justificasen aquel desperdicio de vidas, pensando que el bienestar de toda una galaxia bien podía valer el sacrificio de unos pocos.

Hasta que la mujer que amaba se convirtió en uno de los inmolados.

Algunas veces le costaba trabajo recordar la cara de Lisandra, y eso le horrorizaba. Sin embargo, en sus todavía frecuentes sueños con ella, volvía a verla con total nitidez. A oírla. A olerla. A sentir el tacto de su piel y de sus labios. Cuando se despertaba, se sentía tan vacío que tenía ganas de vomitar. A veces lo hacía.

Lisandra formaba parte de una unidad de comandos especiales, estacionados a bordo de su mismo destructor estelar. Estaba acostumbrado a

sus largas ausencias cada vez que su grupo salía para una misión, siempre por tiempo indefinido. Pero hubo una vez en la que no regresó. Los detalles de aquella misión, la que le costó la vida a Lisandra, eran confidenciales. Aunque preguntó, se negaron a decirle dónde ni cuándo ni cómo había sucedido. Sólo que ya nunca volvería. Su pérdida convirtió su situación personal en verdaderamente insufrible. Llegó a desear su propia muerte, y a buscarla incluso, enzarzándose en combates suicidas a los que sin embargo sobrevivía una y otra vez, haciéndose merecedor de condecoraciones y ascensos que recibía con cínica ironía. En su corazón ya culpaba al Emperador y a su Imperio por todo su dolor, cuando un día descubrió la verdad de la muerte de Lisandra. Su nuevo rango de capitán le había permitido acceder a documentación clasificada a la que antes no hubiera tenido acceso, cuando era un simple oficial de vuelo, y su afán por saber cómo había muerto Lisandra le llevaron a escarbar registro tras registro en las bases de datos de la Armada hasta que dio con lo que buscaba. A Lisandra la habían enviado a espiar a un general que había caído en desgracia a los ojos del Emperador, mientras que un segundo agente se aseguraba de que el general en cuestión estuviera sobre aviso. El único objetivo era que éste descubriera a Lisandra, la hiciera matar, y acusarle después de ese crimen. Todo estaba preparado, y salió a la perfección. Misión cumplida, por el único coste de la vida de un soldado leal al Imperio, a la que por supuesto nadie consultó primero. De un plumazo, la ya maltrecha fe de Víbora en el Imperio se vino abajo, y con ella sus propios sentimientos de culpa se hicieron más insoportables que nunca. No había justificación alguna para las muertes y la destrucción que había causado desde que se convirtiera en piloto de caza. A lo único que estaba sirviendo era a la propia maldad y a la corrupción del Emperador y su corte. Y lo que era aún peor: desde la muerte de Lisandra, había estado descargando su odio y su frustración contra un enemigo equivocado.

Víbora desertó de la Armada Imperial dos días después, huyendo a bordo de un TIE Avanzado. Durante algunas semanas estuvo recorriendo con él los mundos del Borde Exterior, subsistiendo a base de ofrecer sus servicios de escolta a pequeños convoyes civiles, hasta que al fin consiguió contactar con la Rebelión y unirse a ella.

Ésta era una historia que no había compartido con ninguno de sus nuevos camaradas, una que se esforzaba cada día por olvidar, sin haberlo conseguido hasta el momento. Todos pensaban que era demasiado reservado, lo sabía, pero lo que realmente sucedía era que aún seguía teniendo problemas para vivir en paz con su conciencia. Víbora se recostó en el asiento, con la mirada ausente, perdida en el espacio. El Imperio estaba a punto de causar una nueva matanza de inocentes. Él había decidido hacer todo lo que estuviese en su mano por evitarlo, y así se lo había dicho a Avalancha cuando se enteró de lo que iba a suceder en el planeta KS-31. Apretó la palanca de mando del Interceptor con fuerza. Nada le gustaría más que volver contra el Imperio sus propias armas.

Los recuerdos le abandonaron, hasta la próxima vez, cuando la computadora emitió la señal sonora que anunciaba que el chequeo estaba completo. El Interceptor TIE estaba armado y listo para volar.

Víbora inspeccionó las naves restantes una tras otra, obteniendo idénticos resultados. Sonrió satisfecho. Aquellos Interceptores podían llegar a ser de lo más útiles. Utilizó el intercomunicador para llamar al puente.

"Llamarada, soy Víbora. Tengo algo para ti."

Llamarada escuchó la información que Víbora le transmitió con gran interés. Sombra había estado en el puente hacía sólo un minuto. Le había dicho que Granito y Alce parecían estar a punto de resolver el problema de los torpedos. Llamarada había dado ya orden al oficial de navegación de calcular y ejecutar un microsalto de medio año luz, a una distancia prudencial del lugar en que se encontraban las naves imperiales inhabilitadas. Mientras observaba como se llevaba a cabo la maniobra, se dedicó a pensar en sus nuevas opciones. Tenían una fragata imperial recién capturada, un par de lanzaderas y cuatro cazas. Quizá fuera suficiente para montar una fachada convincente y engañar, al menos durante un tiempo, a los mandos de la flotilla imperial encargada de destruir el planetoide y sus secretos. Quizá la ecuación tenía una solución después de todo. Hacía sólo unas horas el rescate de esos colonos era una tarea imposible. Ahora parecía *casi* imposible. Pero a lo largo de su vida, y especialmente desde que formaba equipo con Avalancha, Llamarada se las había apañado para salir airoso de más de una aventura que parecía *casi* imposible a priori. Ese casi podría ser todo cuanto que necesitaban.

Si tan sólo Avalancha saliera del coma...

## Capítulo VII

[En el otro lado]

Avalancha fue testigo de un año entero en la vida de Joan d'Arc, viendo la galaxia tal y como había sido casi ochocientos años antes de que ella misma naciera, a través de un tornado de imágenes, sensaciones y sentimientos. No tenía modo de saber cuánto tiempo estaba transcurriendo realmente, si es que lo hacía. En realidad apenas podía pensar. Avalancha sólo sentía.

El senador Carless fue elegido Canciller Supremo tan sólo dos semanas después de la ceremonia de condecoración a Joan en Alderaán, tras producirse la dimisión voluntaria del Canciller Zindalander. Al hacerse cargo Carless de la política de la República, todo el peso de dirigir la maquinaria militar recayó inmediatamente sobre el almirante Rickermoon. La balanza de la guerra pronto se inclinó en contra de los bretalianos. La mayoría de los sistemas que hasta el momento habían intentado permanecer neutrales, fueron poco a poco pasándose al bando republicano, gracias a los decididos esfuerzos diplomáticos del nuevo Canciller. En el campo de batalla, la Flota de la República había conseguido hacer retroceder a las fuerzas bretalianas a través de buena parte del espacio que tan fácilmente habían conquistado en su exitosa campaña inicial, devolviendo la libertad a la mayor parte de los sistemas planetarios que habían sido invadidos.

En cada enfrentamiento, el escuadrón Milagro era siempre el primero en entrar en combate, convirtiéndose en decisivo con su sola presencia. Su reputación de invencibles hacía de ellos un factor psicológico a tener en cuenta, ya que estaba comprobado que, a menudo, los militares bretalianos daban por perdida una batalla tan pronto como aparecían en escena los *Cantantes* decorados con el famoso símbolo del caballo alado. No era de extrañar que cada piloto de la Flota soñara con ser admitido en el escuadrón de la comandante Joan d'Arc y poder volar junto a ella, pero las vacantes eran muy pocas. Tras la batalla de Alderaán, su *Cantante* jamás había vuelto a ser alcanzado, y su buena estrella parecía extenderse también a la mayoría de los miembros de su unidad. Las historias sobre la Jedi de Alderaán circulaban a lo ancho y largo de la Galaxia, llevando la esperanza a los pocos mundos que aún se encontraban bajo dominio bretaliano. Joan insistía cada vez que se le preguntaba en que ella no era una Jedi, pero eso era siempre interpretado como una señal de humildad, consiguiendo normalmente el efecto de aumentar la admiración por ella entre las personas que tenían la oportunidad de conocerla. Sin embargo, los Caballeros Jedi seguían manteniéndose apartados de la guerra, rechazando las demandas de ayuda de ambos bandos.

Los únicos momentos en los que Joan podía volver a ser ella misma, y no la leyenda viviente que habían hecho de su persona, eran aquellos que conseguía pasar a solas con Tobb Santer. En esos raros y preciosos intervalos de descanso, auténticos oasis entre una batalla y la siguiente, podían hacer como si no hubiese una guerra en marcha y ellos dos no fueran más que una pareja joven disfrutando de la vida, sin preguntarse qué pasaría el próximo día,

la próxima hora. Durante esos momentos ambos conseguían olvidarse de sus pesares y de sus miedos, de las largas horas durante las cuales Tobb tenía que esperar a que volvieran las naves del escuadrón Milagro, rezando para que la de Joan volviera intacta una vez más, de los minutos eternos después de cada combate, cuando Joan usaba la Fuerza para sentir al *Armonía* antes de que los sensores de su nave pudieran hacerlo, todo el tiempo temiendo que la nave hubiera podido ser atacada mientras ella no estaba allí para defenderla...

En instantes como esos, la comandante d'Arc y el ahora teniente Santer no eran más que un espejismo. Entonces no eran más que Tobb y Joan, un hombre y una mujer enamorados, dos personas que se querían desde lo más profundo de su ser. La historia más vieja del Universo, sin duda, pero al mismo tiempo la más nueva y sorprendente para aquellos que la vivían.

En el *Armonía* transcurría ahora el ciclo nocturno. Los dos estaban en el camarote de Tobb, que había alcanzado el derecho a tener uno para él solo cuando fue ascendido. Aunque era más pequeño que el de Joan, allí era mucho menos probable que acudiera nadie a molestarles. Tumbados el uno junto al otro en la litera de Tobb, con las luces fijas en la posición más tenue, iluminándolos lo justo para verse las caras pero escondiendo los detalles del cuarto, era posible creer en la ilusión de que estaban en algún lugar diferente, lejos de aquella nave y lejos de la guerra. A Joan le gustaba ver cómo Tobb recorría su cuerpo con la mirada, de la cabeza a los pies, haciéndole sentirse deseada y hermosa, como la atractiva mujer que era a sus dieciocho años. La mujer que era cuando le mostraba a él lo que los uniformes, trajes del vuelo, cascos y máscaras respiratorias escondían al resto de la tripulación. Joan podía ver el amor en los ojos de Tobb, y eso llenaba siempre su corazón de paz y de una inmensa alegría.

Pero esa noche estaba asustada. Una sensación aterradora la acechaba desde hacía algunos días, cada vez que bajaba la guardia, perturbando su descanso sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Acababa de sentirla de nuevo. De pronto tenía frío. Tobb la vio estremecerse. Al abrazarla, se dio cuenta de que Joan estaba temblando.

"¿Qué pasa, Joan?" preguntó sintiendo su angustia. "¿Algo va mal?"

"No lo sé." Sentía ganas de llorar. Era incapaz de explicar lo que estaba pasando dentro de ella, cuál era la razón para que, en un momento como éste, se sintiera tan aterrada. Y sin embargo una parte de ese miedo estaba perfectamente claro para ella. No quería hablar de ello, pero pensó que quizás el decirlo en voz alta podría ayudarla a quitarle importancia y quizás a olvidarlo incluso. En todo caso, Tobb le había preguntado y no quería mentirle. "No," se corrigió a sí misma, "en realidad sí que lo sé. Me siento como si ésta fuese la última vez que estamos juntos."

"No seas tonta," dijo él, pero el miedo se agarró también a su corazón. Después de un año a su lado, había aprendido a confiar en las intuiciones de Joan. Tobb era incapaz de entender cómo funcionaba la Fuerza, ni siquiera

qué era la Fuerza en realidad, pero no le cabía la más mínima duda acerca de la realidad de los poderes de Joan.

"Probablemente no es nada, nada en absoluto," dijo ella intentando sonreír. "Ésta es la parte de la Fuerza que menos entiendo. A veces... A veces percibo imágenes, sensaciones, sobre cosas que no han sucedido todavía. Pero es difícil reconocerlas como auténticos augurios hasta que llega el momento de verlas realizarse. Entonces me digo "yo ya había visto esto". Otras veces estoy segura de haber tenido una visión, pero luego resulta que estoy equivocada, que no era más que mi imaginación jugándome una mala pasada. Creo que no siempre puedo distinguir del todo entre las visiones verdaderas del futuro y entre mis propios miedos y deseos." No por primera vez, Joan se acordó de Miquelus, el Caballero Jedi que había conocido fugazmente en Alderaán. "Ojalá hubiera recibido auténtico adiestramiento Jedi. Por parte de alguien que realmente supiera lo que hacía."

Tobb desechó el último comentario de Joan negando con la cabeza. Dudaba que ningún Maestro Jedi pudiera hacer a Joan mejor de lo que ya era. En ningún aspecto. Pero la expresión abatida de su rostro, su tono de voz, la manera en que parecía hundir los hombros desde hacía unos días, todo eso le preocupaba muchísimo. Quería saber qué era lo que estaba trastornando a Joan de esa manera. Visión o no, tenía que preguntárselo.

"¿Y qué es lo que sientes ahora?"

"Algo oscuro," contestó ella después de un rato. "O alguien. No sabría decirlo. Me siento como..., como si alguien hecho de puro mal estuviese pronunciando mi nombre. Lo siento. No soy capaz de expresarlo mejor con palabras."

Tobb no dijo nada. Empezó a acariciar su pelo, intentando darle un poco de consuelo. Ese gesto le recordó a Joan a su padre, y eso hizo que finalmente dejara escapar la lágrima que llevaba reteniendo desde hacía largo rato. Tobb no sabía qué hacer. Habría dado todo lo que tenía por poder liberarla de su sufrimiento, por ser capaz de quitarle de encima esa carga invisible que algo o alguien le había echado sobre los hombros y que, a veces, parecía estar a punto de aplastarla. Era una tortura ver llorar a su Joan y sentirse tan impotente para ayudarla. ¿Qué podía hacer él, si lo que a ella le sucedía a él le resultaba tan extraño e inexplicable? Tobb recogió la lágrima de Joan con un dedo, suavemente, y después la besó en la mejilla, justo en el lugar donde había estado la lágrima, secando con sus labios el rastro húmedo y salado. Joan sonrió y con su mirada agradeció a Tobb su ternura.

"Intento usar la Fuerza para ver con más claridad lo que nos depara el futuro, pero no puedo. Pienso en ti y en mí, e intento ver cuál es nuestro destino, pero se me escapa..."

"Me alegro," la interrumpió Tobb. "La mayoría de las personas tienen que vivir con esa incertidumbre, y aún así encuentran razones para ser felices. Si realmente pudieras conocer el futuro, y me da miedo pensar que puedas llegar

a hacerlo, verías tanto lo bueno como lo malo, y el temer e intentar evitar lo uno te impediría disfrutar lo otro."

"Eres muy sabio para no ser un Jedi," respondió ella con un guiño. "Tienes razón. Sé que la tienes. Pero a la mayoría de las personas no están consultándolas constantemente sobre qué se debe hacer y qué no para salvar a la galaxia. A veces lo veo todo perfectamente. Debemos atacar aquí o allí, en tal momento y con tales fuerzas, y entonces los bretalianos se verán incapaces de defender sus posiciones. Victoria limpia y sencilla. Pero otras veces, las más, estoy como el resto de la gente, no tengo respuestas que ofrecer, pero los demás piensan que sí que las tengo e insisten en preguntar. Yo no pedí esta responsabilidad, Tobb. A menudo también yo necesito mis propias respuestas, como me pasa ahora, pero nadie puede darme ninguna, y todos mis poderes parecen volverse inútiles ante eso."

"Lo estás haciendo bastante bien, Joan. Estamos ganando, ¿sabes? Y tú eres la razón de nuestras victorias." Joan hizo una mueca. "Sí, lo eres," insistió Tobb, "no me mires así por decirlo. Siempre has sabido qué es lo que hay que hacer, y me da igual si es a causa de la Fuerza o pura intuición femenina." Joan no pudo evitar soltar una carcajada cuando Tobb dijo eso. "Cuando tú muestras el camino, por difícil que parezca, todo el mundo lo sigue sin vacilación, con la fe más absoluta. Yo soy uno más en eso."

Joan sonrió de nuevo. "Las cosas van a ser más difíciles a partir de ahora. Los bretalianos están proponiendo una tregua y el Canciller Carless se siente tentado de aceptar. Tiene tantas ganas de poner fin a la guerra que me veo incapaz de convencerlo de que esa tregua es un truco, una trampa para cogernos después desprevenidos. Los bretalianos aún piensan que pueden ganar, y no tendrán ningún reparo en utilizar mentiras y falsas ofertas de paz, si piensan que eso es lo que necesitan para vencernos. Últimamente, el Canciller Carless se está abandonando. Esquiva sus deberes y delega en otros siempre que puede, algo que nunca había hecho hasta ahora. Parece como si le estuviese entrando prisa por quitarse de en medio. Yo le obligué a aceptar el cargo..."

"No digas eso, Joan. Carless era un firme candidato a Canciller Supremo antes de que tú entrases en escena. Todo el mundo lo sabía, menos el mismo quizá."

Joan sacudió la cabeza. "No lo quería. No lo quería y yo le puse en el compromiso de aceptar. Lo ha hecho extraordinariamente bien hasta ahora, pero cada vez parece más cansado, más evasivo, más deseoso de volver a Yaga Minor y dejar que otro se haga cargo. Si está aguantando, es sólo porque no quiere retirarse mientras la guerra todavía continúa. Y también por Sorelnei, creo. Hay momentos en los que llego a creer que es esa mujer la que pone las palabras en su boca. La mayoría de las veces que intento hablar directamente con él, todo lo que consigo es verla a ella. Ni siquiera estoy segura de que le dé mis mensajes. Si no fuera por el almirante Rickermoon... No sé. Siento que si pudiese hablar a solas con el Canciller, decirle lo que pienso, quizá podría hacerle volver a ser el que era."

"¿Le persuadirías mediante la Fuerza?"

"¿Es que nunca olvidas nada de lo que te cuento? No, no podría hacer tal cosa." Se acordó del aviso de Miquelus y un escalofrío recorrió su espalda. "Nunca más. Pero a pesar de todo creo que algo podría hacer. No me fío de Sorelnei."

"Puede que simplemente esté celosa de ti y de tu influencia sobre Carless," dijo Tobb. "Sé de lo que hablo. Yo a veces siento celos de cualquiera que esté a menos de un kilómetro de ti."

Ahora Joan se rió con ganas. "A mí me pasa lo mismo contigo," dijo con una amplia sonrisa. "Te quiero tanto que tengo siempre miedo de que te me escapes." Joan pellizcó el brazo de Tobb y él se quejó como si le estuvieran matando, haciéndola reír más aun. "Gracias, Tobb. Ya me siento mejor."

Tobb no contestó, limitándose a sonreír. Sabía que Joan estaba haciendo un esfuerzo para ignorar sus negros presentimientos, y él decidió hacer lo mismo. Comenzó a besarla tiernamente, y pronto ambos se abandonaron a la pasión. Esa noche hicieron el amor con desesperación, como si realmente fuera la última vez.

Y era la última vez.

## Capítulo VIII

Joan entró en el hangar y caminó hacia su nave. Ésta iba a ser una misión de "golpear y correr" para sólo seis cazas. Un convoy bretaliano había sido descubierto cerca del sistema Remisse, y el escuadrón Milagro había recibido órdenes de identificar las naves, dañar a algunas de ellas para que no pudiesen continuar el viaje y retrasasen así a todo el convoy, y salir de allí antes de que pudieran llegar posibles refuerzos. Lo que hacía que la misión revistiera cierto peligro era precisamente la cercanía de Remisse a los mundos bretalianos, y por esa razón Joan había decidido encargarse ella personalmente. Esperaba encontrar a su hombre-ala, el fiel teniente Trillian, esperándola junto a su nave como de costumbre. Siempre aprovechaban ese momento para darle un último repaso al plan de vuelo, pero Trillian no estaba hoy allí. En su lugar se encontraba un piloto al que no conocía, con aspecto de estar un poco nervioso. Desde el momento en el que vio entrar a Joan en el hangar se había cambiado el casco de mano dos veces. A Joan no le sorprendió. A estas alturas ya estaba acostumbrada a causar ese efecto en la gente que iba a tratar con ella por primera vez. Más de una vez sentía la tentación de presentarse diciendo "Hola, soy la legendaria Jedi de Alderaan", pero siempre lograba contenerse. Suponía que la niña traviesa que había sido una vez aún seguía dentro de ella.

"Buenos días, teniente," dijo cuando estuvo lo suficientemente cerca como para distinguir sus galones, "¿podría indicarme dónde está el teniente Trillian, por favor?"

"Ha caído repentinamente enfermo, comandante. Me acaban de pedir que ocupe su lugar."

"Espero que no sea nada serio..."

"No creo que sea nada, comandante. Seguramente le sentó mal la cena, pero el capitán Lamorny le vio vomitar y dijo que es mejor prevenir que curar."

"Y tiene razón," respondió Joan. El capitán Lamorny era el oficial ejecutivo y segundo al mando del escuadrón Gato Montés. Gato Montés compartía los hangares del *Armonía* con los escuadrones Milagro y Kallen.

"¿Vuela usted con el Gato Montés, teniente...?"

"Smeigger, comandante. Sí, normalmente soy Gato Montés Cinco, pero será un honor para mí estar en el Milagro por un día y ser su hombre-ala," contestó el piloto con entusiasmo. "A no ser que prefiera llamar a alguien de su propio escuadrón, claro. Cuando el teniente Trillian empezó a sentirse mal no había por aquí ningún otro piloto aparte de los que tenían previsto participar en esta misión, y por eso el capitán Lamorny pensó en echarle a usted una mano."

"A todos los demás les he dado descanso hoy," explicó Joan, lamentando no haber pensado en dejar al menos a uno en reserva. "Supongo que podría

despertar a alguno y hacerle bajar aquí a toda prisa, pero no podemos perder demasiado tiempo..." Joan vio a Lamorny no lejos de allí, subido en la escalerilla de acceso a uno de los *Cantantes* de su escuadrón, al parecer dando instrucciones al técnico que se encontraba trabajando en la cabina. Lamorny la saludó con la mano. Señaló a Smeigger y le indicó a Joan por señas que el joven teniente era un buen piloto. Joan respondió al saludo y se volvió hacia Smeigger.

"¿Cómo de bueno es usted, teniente?" preguntó ella a bocajarro, todavía indecisa.

"Doce derribos confirmados y dos probables, comandante," respondió Smeigger de inmediato, con un deje de orgullo en la voz, y evidentemente un poco molesto por la pregunta.

"Muy bien, teniente Smeigger," dijo Joan con una ligera sonrisa. "Eso es más que suficiente para mí. ¿Está usted al corriente de la misión?"

"Sí, comandante. El oficial de vuelo Bendeni me ha pasado el plan de vuelo." Bendeni era Milagro Nueve, uno de los pilotos que iban a participar en el ataque al convoy.

"De acuerdo entonces," aceptó Joan. "Por hoy será usted Milagro Dos."

"¡Gracias, comandante!"

Joan sonrió mientras Smeigger se daba la vuelta y corría hacia su nave, pero volvió a ponerse seria tan pronto se sentó en la cabina de su *Cantante*. Este cambio no le gustaba demasiado, pero lo que le había dicho a Smeigger era cierto. Quedaban menos de cinco minutos para la salida, y en ese tiempo no podría hacer venir a ninguno de sus pilotos.

"¿Todo a su gusto, comandante?" preguntó Tobb, subiendo por la escalerilla para ayudarla con el atalaje como era su costumbre.

"Hola, Tobb," le saludó ella con una sonrisa. "La nave está perfecta, como siempre. Es Trillian. Se ha puesto enfermo y tengo que volar con un piloto del Gato Montés como hombre-ala." Joan se encogió de hombros. "En realidad no tiene tanta importancia. Estoy segura de que lo hará bien."

"Es verdad. He visto a Trillian, tan pálido como un fantasma, salir corriendo hacia el baño no hará ni diez minutos. Creo que no llegó a tiempo..."

"Pobrecillo. Iré a verlo en cuanto volvamos. Y ahora deséame buena suerte."

"¡Buena suerte, bollito!" dijo Tobb guiñándole un ojo.

"Por favor, teniente Santer," respondió Joan fingiendo seriedad, al mismo tiempo que se colocaba el casco y comprobaba que recibía correctamente la

señal del intercomunicador. "Lámeme comandante y compórtese como es debido, o me veré obligada a ordenar que lo arresten."

"Se me ocurren uno o dos sitios en los que no me importaría pasar un arresto," contestó él ayudándole a ajustarse la máscara respiratoria. "Su cuarto, por ejemplo..."

"Que sea el suyo y considérela como una orden," sonó la voz de Joan a través de la máscara. "Procure estar allí cuando vuelva y no intente salir corriendo, si no quiere que le aumente el castigo."

Tobb descendió riéndose y recuperó la escalerilla. Joan cerró la cúpula y levantó el pulgar indicando que todos los sistemas del caza funcionaban correctamente. Aún sin poder verle la cara, Tobb sabía que en estos momentos volvía a ser la Joan guerrera, la comandante d'Arc. La Jedi de Alderaan.

"Que la Fuerza te acompañe," dijo en voz baja, contemplando como el *Cantante* abandonaba el hangar. Tobb se mordió el labio con preocupación. Por más que lo intentaba, no podía quitarse de la cabeza la conversación que habían tenido la noche anterior.

*Por favor, Joan, ten muchísimo cuidado.*

Los sensores de los seis cazas acababan de captar las primeras naves del convoy bretaliano. Joan contó dieciséis transportes, escoltados únicamente por dos patrulleros ligeros. Nada del otro mundo.

"Aquí Líder Milagro. Milagro Dos y yo nos encargaremos de la escolta. El resto de vosotros identificad y atacad a los transportes. Intentad disparar sólo contra los motores. No tenemos por qué convertir esto en una matanza."

"Entendido, Líder," llegaron una a una las cinco respuestas. Joan seleccionó una de las naves de patrulla en su sistema de tiro y ordenó a Milagro Dos atacar a la otra. Esta iba a ser una misión fácil después de todo.

Pero enseguida se dio cuenta de que había algo extraño allí. A través de la Fuerza, empezó a captar las emociones de las tripulaciones de las naves bretalianas, dominadas por una tensión creciente. Eso no tenía nada de excepcional, ya que seguramente los bretalianos acababan de descubrir en sus pantallas sensoras a los seis cazas republicanos aproximándose. Lo raro era que Joan sentía en ellos más ansiedad que miedo, casi como si estuvieran esperando a ser atacados y se estuvieran preparando para defenderse... *¿Puede ser que ya estén sobre aviso? ¿Consideraban de antemano la posibilidad de ser interceptados? Y si es así, ¿por qué no llevan una escolta más fuerte?* A Joan cada vez le gustaba menos lo que sentía.

"Mantened los ojos bien abiertos," transmitió por el canal del escuadrón, "tengo la sensación de que esto no es exactamente lo que aparenta."

Como si estuviesen esperando únicamente a que ella pronunciara esa frase, cada transporte abrió sus bahías de carga y empezó a escupir *Tridentes*.

"¡Es una trampa!" exclamó uno de los pilotos.

"Estamos demasiado cerca," dijo Joan manteniendo la calma. "Si nos damos la vuelta ahora nos convertiremos en blancos fáciles antes de que podamos escapar por velocidad. ¡Enfrentáos a los cazas y que la Fuerza os acompañe! Dos, no te separes de mi cola." Sin esperar respuesta de Smeigger, Joan dirigió a su *Cantante* inmediatamente contra el caza bretaliano más próximo y abrió fuego. Su nuevo hombre-ala contempló aturdido cómo el caza de Joan evadía con aparente facilidad las ráfagas láser de respuesta, en lo que parecía una increíble danza acrobática. Antes de alcanzar la primera oleada de cazas bretalianos, Joan ya había puesto fuera de combate a dos de ellos. El teniente Smeigger se vio completamente incapaz de imitar esas maniobras y perdió contacto con Joan casi de inmediato. El piloto maldijo en silencio y se conformó con mantenerse vivo a sí mismo.

Joan no tenía tiempo para mirar atrás. Pilotando prácticamente en estado de trance, sus sentidos estaban extendidos al máximo para poder percibir cada disparo dirigido contra ella y actuar en consecuencia. Su *Cantante* parecía rotar mágicamente sobre su eje siempre que un rayo láser estaba a punto de alcanzarlo. Cada vez que un caza enemigo se cruzaba en su punto de mira, apretaba el disparador sin esperar a que la computadora le confirmara la posibilidad de blanco. Cuatro de ellos venían ahora hacia ella, justo de frente, disparándola con todas sus armas.

Joan hizo saltar al *Cantante* por encima de la línea de fuego al tiempo y comenzó un tonel que interrumpió a la mitad, quedando en posición invertida respecto a sus atacantes. Cuando apenas estaba a unos metros de ellos disparó dos veces. Uno de los pilotos perdió el control de su caza, seriamente dañado. Sus compañeros se vieron obligados a girar para evitar la colisión. Eso dio a Joan algunos segundos para maniobrar de nuevo y colocar su *Cantante* a cola de las naves bretalianas. Disparó a uno de ellos sin ni siquiera apuntar. Alcanzado de lleno, el *Tridente* explotó mientras su compañero más próximo ya estaba en el punto de mira de Joan. Tras incapacitar a su enemigo con una certera ráfaga que vaporizó su planta motriz de estribor, Joan se separó de su víctima antes de que el cuarto piloto hubiera tenido ocasión de hacer nada por ayudar a sus compañeros.

Pero había demasiados. Joan no podría mantener ese nivel de concentración para siempre. Más pronto o más tarde se relajaría y si eso sucedía estaría perdida. Y aunque ella pudiera evadir el fuego enemigo eternamente, que no podría, el resto de pilotos de su grupo no podían ni siquiera soñar con ello. Un grito terrible en el intercomunicador y un momentáneo vacío en la Fuerza le dijo que Milagro Cinco había sido derribado y muerto. El oficial de vuelo Valba. Otro amigo perdido y otra herida abierta en su corazón. En cuestión de minutos el resto de sus pilotos también habría caído. No se había visto en una situación así desde lo de Alderaán. Tenía que provocar una distracción, algo que les diera un respiro, una oportunidad para

abandonar el combate y escapar. Joan miró urgentemente a su alrededor, sintiendo como la desesperación empezaba a hacer mella en ella. A poco más de un kilómetro, los transportes bretalianos maniobraban pesadamente para alejarse de la batalla, junto con los dos patrulleros. Por algunos segundos, las trayectorias respectivas de dos de los cargueros iban a cruzarse.

"Dos, ¿dónde estás?" Joan no recibió respuesta. Si Smeigger había sido alcanzado, ella al menos no lo había percibido, pero era imposible distinguir todo lo que estaba pasando alrededor de ella. En cualquier caso, lo cierto es que Smeigger no estaba allí. Iba a tener que hacer esto sola.

Joan lanzó a su *Cantante* en un tonel controlado hacia uno de los dos transportes, que se encontraba a mitad de un giro hacia su lado de babor. La nave tendría que utilizar sus toberas de maniobra de ese mismo lado para detener el giro y enderezar su rumbo. Joan centró cuidadosamente esas toberas en su punto de mira y comenzó a disparar incesantemente. Varios cazas venían detrás de ella, intentando inútilmente derribarla antes de que consiguiese su propósito. Muchos de los disparos dirigidos contra ella se estrellaron también contra el transporte, antes de que los pilotos bretalianos se dieran cuenta de lo que estaba pasando y levantaran el dedo del gatillo. El motor izquierdo del transporte se detuvo, mortalmente alcanzado, lo que le hizo virar aún más rápido en esa misma dirección impulsado por el todavía intacto motor derecho. Pero sin las toberas de maniobra que los certeros disparos de Joan habían ya destruido, sus tripulación se vería incapaz de detener la rotación de su nave, y no podría impedir por tanto echarse encima del transporte que volaba junto a su costado izquierdo. El piloto de este último hizo lo que pudo por evitar la colisión pero no tuvo tiempo. Las dos naves chocaron en el mismo instante en el que el caza de Joan pasó a toda velocidad por encima de ellas. Hubo una explosión terrible y la mayoría de los cazas que seguían a Joan se vieron atrapados de lleno por la onda expansiva. Cuatro de ellos también explotaron, y tres más sufrieron daños de consideración que no les permitirían seguir en el combate. Ninguno pudo seguir al *Cantante* de Joan.

Momentáneamente al menos, Joan se encontró sin enemigos que la persiguieran. Los gritos de los pilotos bretalianos que no habían podido evitar la explosión de los transportes habían causado cierta distracción entre sus compañeros, tal y como Joan había esperado que sucediera.

"Aquí Líder Milagro," transmitió, "¡Es hora de irse de aquí!" Tres respuestas afirmativas llegaron hasta sus auriculares. Los cazas bretalianos que intentaban derribar a los *Cantantes* en retirada estaban entre ella y sus compañeros, y casi fuera de su alcance. Joan disparó contra algunos de ellos desde la máxima distancia a la que sus láseres resultaban efectivos, sin lograr destruir ninguno, pero sí sorprenderles y hacerles abandonar la persecución. A continuación aceleró en pos de sus camaradas supervivientes, pasando a través de los bretalianos en desbandada antes de que supieran qué era lo que había sucedido, y dejándolos atrás. Aunque los pilotos enemigos intentaran corregir su error, ya sería tarde. No podrían volver a acercarse a sus *Cantantes* antes de que alcanzaran el punto de reunión con el *Armonía*, y para entonces

ya estarían a salvo. Joan suspiró con un alivio infinito. Había perdido a dos pilotos, pero los demás iban a conseguirlo. Iban a escapar.

"¡Por favor, comandante, no me deje atrás!" El grito resonó en sus auriculares cargado de angustia, haciéndola sobresaltarse. Era Smeigger. Al parecer, el joven piloto no había sido derribado, como ella daba ya por seguro. Pero se había visto aislado del resto del grupo y ahora iba a quedarse a merced de los cazas bretalianos que ella misma acababa de espantar. Joan se mordió el labio con frustración. No podía dejarlo morir sin hacer nada por salvarlo. Tiró hacia atrás de la palanca de mando invirtiendo después el *Cantante* a mitad del rizo. Un instante después volaba a toda velocidad en dirección contraria al resto de sus compañeros. Justo hacia los cazas bretalianos supervivientes. Casi una docena de ellos, por lo que podía ver en su pantalla. No pudo evitar recordar sus malos presentimientos. Quizá fuera ésta su última acción, pero no podía volverse atrás. No sin Smeigger.

"¡Espera, Dos, voy a por ti!"

Joan se cruzó como un relámpago con un grupo de *Tridentes*, seis en total, que intentaban retomar la persecución de los cazas republicanos a la fuga. Ninguno intentó detenerla. Seguramente pensaban que se estaba condenando ella sola al regresar, y que el resto de sus compañeros podrían encargarse del presunto suicida. *Seguid creyéndolo*. Joan buscó al caza de Smeigger con sus sensores, demasiado cansada para intentar hacerlo a través de la Fuerza. Lo localizó a poco más de un kilómetro de ella. Cinco bretalianos estaban a su cola, jugando con él al gato y al ratón. Podían acabar con él en cualquier momento, y ella no llegaría a tiempo para intentar evitarlo.

"¡No puedo quitármelos de encima!" chilló Smeigger. "¡Van a matarme, por favor, ayúdeme!"

*Maldita sea, se está dejando dominar por el pánico... ¡Vamos Dos, creí que eras bueno! ¡No te bloques ahora y vuela hacia los transportes!" Sí, eso es... ¡Intenta cubrirte entre ellos!"*

Joan acababa de comprender que esa era la única esperanza de Smeigger. No podía ser tan mal piloto si había aguantado vivo hasta ahora. Si además conseguía controlar sus nervios lo suficiente para maniobrar a través de la formación de transportes sin chocar con ninguno, quizá podría evitar ser alcanzado y ganar algo de tiempo. El joven teniente obedeció e hizo virar su caza en esa dirección. Dos bretalianos lo siguieron, pero los otros tres giraron para enfrentarse a Joan. Para entonces el resto de pilotos bretalianos que aún intentaban alcanzar a los otros tres *Cantantes*, se habían dado cuenta al fin de que no iban a conseguirlo. Los seis se habían dado la vuelta y se acercaban rápidamente. Joan iba a verse atrapada entre dos fuegos y ni siquiera había podido llegar cerca de Smeigger. Estaba sudando intensamente y tenía dificultades para respirar. El esfuerzo que estaba teniendo que hacer para no perder precisamente ahora el contacto con la Fuerza era inmenso. Una vez más deseó haber sido entrenada por un verdadero Jedi, pero no podía rendirse

en este momento. La vida del teniente Smeigger dependía de ella, por no mencionar la suya propia. Tobb se enfadaría mucho si no volviera.

Sacando ánimos de ese último pensamiento, Joan volvió a utilizar la Fuerza para evadir el intenso fuego. Estos tres pilotos parecían haber aprendido del error de sus compañeros minutos antes. Sabían que no conseguirían derribarla con un ataque frontal. Maniobraron a ambos lados, intentando rodear su caza en lugar de seguir yendo directamente hacia él. Parecía que se estaban limitando a darles tiempo a los otros seis *Tridentes* para que llegaran hasta allí y así pudieran ayudarles. Al parecer, le habían tomado algo más que respeto. Joan se preguntó si habrían adivinado por fin a *quién* se estaban enfrentando. *Quizá la leyenda aún pueda servirme de algo.* Por su parte, Smeigger estaba alcanzando ya la posición de los transportes. Si Joan intentaba seguirle, los tres bretalianos se pondrían fácilmente en su cola. Lo único que podía hacer era esperar que Smeigger fuera capaz de aguantar unos minutos más.

Joan escogió a uno de los cazas enemigos e ignoró a los otros dos. Cuando el piloto bretaliano se dio cuenta de la intención de Joan, empezó a maniobrar en zigzag intentando escabullirse. Los otros dos abandonaron sus tácticas evasivas y se lanzaron a por ella. Joan los vio venir mirando por encima del hombro. Esperó hasta tenerlos prácticamente encima, y entonces hizo elevarse a su caza de repente con un tirón de la palanca de mandos, al mismo tiempo que reducía de golpe el flujo de energía a los motores e invertía el sentido de salida, como si se dispusiese a aterrizar. El *Cantante* dio un brinco y se quedó prácticamente suspendido por encima de los dos sorprendidos bretalianos. La maniobra en sí no tenía nada de extraordinario. Lo difícil era ejecutarla en el momento justo. Demasiado pronto, y el enemigo te derribaba a placer. Demasiado tarde, y ya te habría derribado. Pero Joan lo hizo a la perfección. Cuando empujó de nuevo la palanca de potencia hasta el fondo y recuperó su trayectoria anterior, tenía a uno de sus dos adversarios centrado en su punto de mira, aunque alejándose rápidamente. El aturdido piloto no tuvo tiempo siquiera de preguntarse qué había pasado. Cuando su compañero fue consciente de que se había quedado solo, huyó en dirección a los *Tridentes* que venían de camino, todavía a cuatro o cinco kilómetros de allí. Joan le permitió escapar y se lanzó en busca de Smeigger.

Lo encontró al otro lado del grupo de transportes. Solo. Al parecer había conseguido deshacerse de los dos bretalianos que le seguían. *Vaya, pensó Joan impresionada, quizás tengamos que hacerle un sitio en el escuadrón Milagro al teniente Smeigger, después de todo.*

"¡Vamos, Dos! No podemos volver al *Armonía* por la ruta prevista sin que esos *Tenedores* nos intercepten, pero probablemente tendremos bastante combustible para llegar dando un rodeo."

"De acuerdo, Líder Milagro. Marque el rumbo y la seguiré," respondió el otro piloto. "Muchas gracias por volver a por mí. Le prometo que no lo olvidaré."

"No hay de qué, teniente. Ahora manda toda la energía a los motores y olvídate de recargar los láseres. Si queremos tener alguna posibilidad de tomar

la próxima comida a bordo del *Armonía*, antes tendremos que dejar atrás al resto de cazas." No había tiempo que perder. Su pantalla sensora mostraba a varios de ellos persiguiéndoles a un par de kilómetros. Con gran sorpresa por su parte, descubrió también la cercana presencia de otra nave de la República. Joan se preguntó de quién podía tratarse. Quienquiera que fuera, más le valía apretar gases a fondo, o los cazas bretalianos se le echarían encima. La computadora identificó enseguida a la nave como un *Cantante*. Al parecer, uno de sus pilotos había decidido retroceder y ayudarles a Smeigger y a ella. *Tendré que echarle una bronca al que sea antes de darle un abrazo*. La sonrisa de Joan desapareció no obstante al darse cuenta de que la señal automática de identificación amigo-enemigo emitida por el caza republicano no pertenecía al escuadrón Milagro. Ese piloto era del Gato Montés. En ese momento le asaltó una sensación muy fuerte de peligro. Algo no iba bien.

"Piloto de Gato Montés, aquí Líder Milagro," transmitió a través de la frecuencia estándar de la flota. "Identifíquese."

"Soy el capitán Lamorny," llegó la inmediata respuesta, "Gato Montés Dos."

Lamorny. El oficial ejecutivo del escuadrón Gato Montés. El mismo que le había enviado a Smeigger para sustituir al teniente Trillian.

"¿Qué está usted haciendo aquí, capitán?" preguntó Joan con repentina suspicacia. Intentó obtener algún atisbo de los pensamientos de Lamorny a través de la Fuerza, pero no pudo conseguirlo. Tras un combate tan largo, concentrándose todo el tiempo para no perder la conexión con la Fuerza y seguir siendo capaz de esquivar los disparos a su alrededor, Joan se encontraba literalmente agotada. De hecho, ahora que casi había terminado todo, tenía que esforzarse para mantener los ojos abiertos. El *Cantante* de Lamorny se estaba acercando por su derecha y desde atrás. Los malos presentimientos de Joan iban en aumento. Aquello no podía ser. Viniendo desde allí, Lamorny tendría que haber rebasado en algún momento a los cazas bretalianos. Sus instintos le chillaban que desconfiara del recién llegado, que intentara derribarlo incluso, pero su mente seguía intentando encontrar una razón lógica que explicara la presencia de Lamorny allí. Esos segundos de vacilación resultaron fatales.

La nave de Joan recibió dos impactos directos antes de que Joan reaccionara por fin e intentara evadirse de Lamorny. Entonces sintió dos nuevas descargas de láser alcanzándola en la parte trasera del *Cantante*. Aquéllas tenía que haberlas disparado Smeigger. Los motores dejaron de funcionar y el panel de instrumentos se llenó de luces rojas. Joan comprendió, demasiado tarde, que había sido traicionada.

Su cansancio era más fuerte que la ira o dolor. Cerró los ojos y trató de descansar por unos minutos, mientras su nave, ahora completamente indefensa, era rodeada por cazas bretalianos. Si quisieran matarla no tendrían más que disparar una última ráfaga sobre ella, pero nadie lo hizo.

Iban a capturarla.

A través del intercomunicador sonaban las voces de Smeigger y Lamorny, felicitándose por el éxito y bromeando a su costa. Ni siquiera se molestaron en cambiar de frecuencia. O quizá lo que querían era precisamente que ella les oyera, jactarse de lo que habían hecho para enojarla y humillarla. Joan los ignoró, del mismo modo que tampoco hizo caso cuando escuchó a Lamorny hablar en bretaliano con algunos de los pilotos enemigos. *Por si todavía no me he dado cuenta a estas alturas de que he caído en una trampa.* Joan sonrió tristemente. Casi había conseguido escapar. Casi. Pero Smeigger había improvisado una magnífica actuación, bordando el papel de muchacho aterrado ante el peligro. Qué listo había sido. Si ella no hubiera estado tan exhausta, habría percibido el engaño. Daba igual, ya no tenía sentido darle más vueltas. Uno de los transportes estaba acercándose a su nave, abriendo las compuertas de su bahía de carga. Joan trató de relajarse respirando profundamente. Con los ojos todavía cerrados, desenganchó el sable láser de su cinturón y lo tomó entre sus manos. Acarició con un dedo el símbolo personal del Maestro Jonderiis grabado sobre la empuñadura. Jamás había utilizado la que era el arma tradicional de los Jedi.

*Pero para todo hay una primera vez...*